

LAS DOS CRISIS DE LA CONVERTIBILIDAD Y SU DISPAR RESOLUCIÓN.

UNA EXPLICACIÓN SOCIOPOLÍTICA

POR JULIÁN ZÍCARI*

RESUMEN: El objetivo del trabajo es hacer un abordaje comparativo de las dos crisis de la convertibilidad argentina (1995 y 2001) desde el punto de vista sociopolítico, el cual sea capaz de explicar cómo este terreno tuvo un comportamiento diferencial en dichas circunstancias que permite entender por qué se obtuvieron resultados diametralmente opuestos en uno y otro caso. Para hacer esto, primero señalaremos las condiciones de surgimiento de la convertibilidad y por qué logró tantos apoyos. A continuación abordaremos la crisis de 1995 y su tipo de resolución. En tercer lugar se abordarán las transformaciones económicas y sociopolíticas entre una y otra crisis, para luego entrar de lleno en la crisis 2001. Finalmente, el trabajo concluirá con algunas conclusiones comparativas sobre ambas crisis.

PALABRAS CLAVE: Crisis comparadas – Menemismo – Alianza

* Magíster en Historia Económica. Doctorando en Ciencias Sociales. UBA – CONICET.

INTRODUCCIÓN

En la Argentina los diez años que mediaron entre 1991 y 2001 estuvieron regidos por el sistema de convertibilidad, el cual hacía equivaler un peso argentino con un dólar estadounidense, a través de un tipo de cambio fijo en una relación de “uno a uno”. La convertibilidad fue la principal herramienta económica con la cual se logró la estabilidad en el país y que puso fin al caos hiperinflacionario de la década previa, pero que también, a pesar del alto apoyo con el contó en dicho plazo, debió atravesar dos importantes crisis, una en 1995 y otra en 2001, y que tuvieron entre sí una muy dispar resolución. La primera, producto del shock externo que generó el “efecto tequila” mexicano, si bien generó algunas incertidumbres de importancia, pudo sortearse airosamente, sobreviviendo la convertibilidad a ella. Así, apenas un año después, la economía volvió a crecer a buen ritmo, a recibir capitales, bajar el desempleo y generar un ciclo de tres años de expansión. Empero, la segunda crisis, ocurrida en 2001, no tuvo igual suerte, ya que la misma generó una de las más duras consecuencias económicas, políticas y sociales en el país: la pobreza en poco tiempo se ubicó en el 50% de la población, el desempleo tocó el 25%, el sistema bancario fue intervenido, la economía cayó un 20% y un gobierno constitucional finalizó como consecuencia de esa crisis, la cual puso fin al sistema de convertibilidad.

El objetivo de este trabajo será hacer un abordaje comparativo de ambas crisis desde el punto de vista sociopolítico y que sea capaz de explicar cómo este terreno tuvo un comportamiento diferencial entre dichas circunstancias. Es decir, se buscará dar un marco que nos permita entender por qué se obtuvieron resultados diametralmente opuestos entre 1995 y 2001, señalando las motivaciones diferenciales que tuvieron los diversos actores sociopolíticos en una y otra crisis. En este sentido, resulta llamativo que en ambas se aplicaran políticas económicas similares de ajuste del gasto público y que sin embargo tuvieran consecuencias tan desiguales: mientras en 1995 luego de un profundo ajuste estatal Menem lograra pocos meses después un nuevo triunfo electoral y la continuidad de las alianzas sociopolíticas con las que se había sostenido, y con todo ello sobrellevar la crisis, en 2001 De la Rúa aplicó igualmente un ajuste similar pero con el que en cambio obtuvo todo lo contrario: todos sus apoyos sociopolíticos se desmoronaron y resultó profundamente derrotado en las elecciones de ese año, lo cual desembocó con ello en el final de su gobierno y el de la convertibilidad. En consecuencia, una de las hipótesis básicas que se intentará defender es que las condiciones económicas no son suficientes para explicar dichos contrastes, sino que más bien fueron la construcción y articulación de contextos sociopolíticos bien dispares las causas de esos resultados contrapuestos. De allí que se asuma el principio hilemórfico básico de la acción colectiva: las diferentes formas de cada contexto histórico se producen por las desiguales combinaciones de los elementos que las componen. Porque como señala Althusser (1976), una crisis no puede ser entendida simplemente como una decadencia de los caracteres que definen internamente un momento dado, sino como la tendencia de esos mismos elementos hasta hacer estallar los límites del conjunto que los contiene. Así, para llevar adelante nuestro objetivo, primero abordaremos las condiciones de surgimiento de la convertibilidad y por qué logró tantos apoyos. A continuación abordaremos la crisis de 1995 y su tipo de resolución. En tercer lugar se abordaran las transformaciones económicas y sociopolíticas entre una y otra

crisis, para luego entrar de lleno en la crisis 2001. El trabajo concluirá con algunas alusiones comparativas sobre ambas crisis.

LA LLEGADA DE LA CONVERTIBILIDAD. UNA EXITOSA SOLUCIÓN FRENTE A LA TORMENTA HIPERINFLACIONARIA

La Argentina tuvo una clara bisagra económica desde el golpe de Estado ocurrido en 1976 hacia adelante. Basta hacer un breve ejercicio comparativo entre periodos para notarlo. Por ejemplo, si se considera los 30 años transcurridos entre 1960 y 1990 se hallará que en el punto medio de dicho plazo (el año 1975) existen dos épocas bien diferenciadas con respecto a la inflación y el PBI. Así, entre los 1960 y 1975 el producto creció a una tasa media anual del 4% y la inflación sólo superó el 100% anual una sola vez, casualmente al final de dicha era, en 1975, cuando se hizo el primer ensayo de cambio de rumbo económico. A partir de allí, y de modo inverso, entre 1975 y 1990 todos los años la inflación superó el 100% excepto uno (en 1986), mientras que el PBI quedó estancado. Por su parte, durante el segundo periodo todos los indicadores socioeconómicos mostraron una fuerte desmejora: la distribución de ingresos se volvió regresiva, aumentó la pobreza, el desempleo subió, la precariedad laboral comenzó a crecer y la concentración económica ganó peso. Además, las inversiones, la productividad y las empresas de servicios públicos tuvieron una performance desastrosa, especialmente durante la década de 1980, mientras que la deuda externa no dejó de crecer desde entonces. El cierre final de dicho periodo culminó con violentos problemas hiperinflacionarios en 1989 y que terminaron por agudizar todos los problemas anteriores, derrumbando la economía y dejando el clima social del país en un caos sin precedentes.

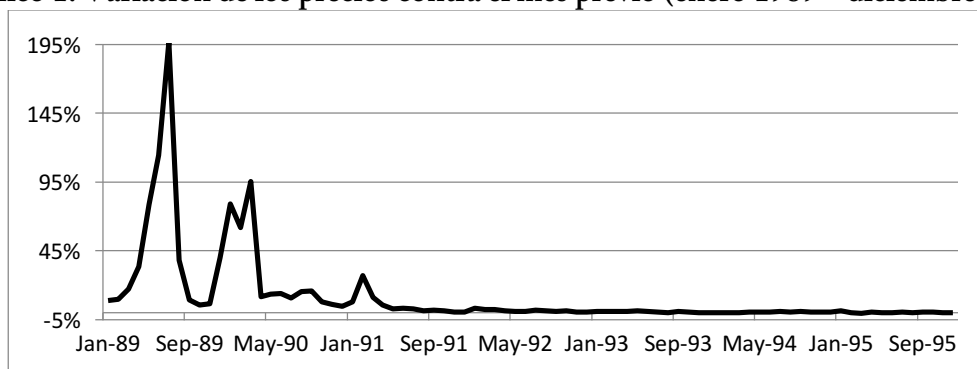
Así, cuando en el año 1989 se produjeron las elecciones presidenciales no era fácil augurarle al nuevo gobierno de Carlos Menem un panorama alentador, ya que recibía un país en llamas. Tan solo en el mes de su asunción, julio, la inflación fue de 196%, algunas policías provinciales estaban autoacuarteladas en señal de protestas por los sueldos atrasados, produciéndose saqueos y protestas sociales en diversos puntos del país. Además, al interior de las Fuerzas Armadas todavía existían elementos golpistas que proyectaban nuevos embates, ya sea para derrocar al gobierno como para lograr que se aplicaran medidas a su favor. En este sentido, los slogans de tintes populistas elegidos por Menem durante su campaña, en la que prometió “un salarizado” y una “revolución productiva” pronto parecieron quedar atrás frente a lo desesperado de la situación. Así, el modelo peronista clásico, apoyado en el sindicalismo, el empresariado mercadointernista y el Estado benefactor, no parecía posible de funcionar, ya que sus actores estaban en una situación sumamente frágil. De esta manera, pronto se presentaron cambios en el discurso y las históricas banderas del peronismo fueron dejadas atrás para abrazar una dirección diametralmente contrarias al nacionalismo y estatismo que las caracterizó, para tomar las consignas del liberalismo y del capital concentrado, mutando hacia el giro neoliberal que adoptó la región y el mundo tras la caída del muro de Berlín¹.

¹ Para un análisis sobre el cambio de consignas e ideologías realizado por el peronismo durante el gobierno de Menem, amén las nuevas alianzas sociopolíticas operadas, ver nuestro trabajo (Zicari, 2013b).

Una vez asumido Menem los primeros pasos fueron concertar una alianza político-económica con el principal grupo económico del país, el grupo Bunge y Born, para que un gerente de allí fuera designado ministro de Economía. Así, se aplicaron las principales reformas para acercarse al gran capital: se abrió la economía, se desregularon mercados, se privatizaron empresas públicas, se flexibilizó el mercado de trabajo y se despidieron empleados estatales para adoptar de modo radical el discurso neoliberal. Las medidas tomadas inicialmente no lograron calmar el caos, y a fin de 1989 se produjo un nuevo pico hiperinflacionario, si bien un poco más leve que el anterior, igualmente terrible, que terminó con la conducción económica y volvió a generar saqueos, caos y conflictos. Con el recambio del equipo económico a partir de entonces, se pasó a adoptar una estrategia todavía más agresiva, la cual, a pesar de no haber estabilizado totalmente la situación, al menos logró huir de lo peor de la crisis durante casi un año. Sin embargo, a principios de 1991 la situación volvió a descontrolarse y la economía pareció dirigirse hacia un tercer estallido hiperinflacionario tras producirse una nueva corrida contra el dólar. Así, de igual modo que antes, una crisis económica indómita volvió a acorralar al gobierno de Menem, pareciendo que era llevado una vez más frente al abismo. Sin embargo, con un nuevo equipo económico, el tercero, esta vez encabezado por Domingo Cavallo, y una situación en mejores condiciones que las otras dos, se decidió anclar el tipo de cambio en un valor fijo como una medida radical que estabilizara las expectativas y garantizara la calma en los mercados. Fue así que en el mes de abril de 1991 nació el régimen de convertibilidad².

La ruptura que generó el sistema de convertibilidad en la Argentina fue inmensa, dado que en muy poco tiempo se pasó de una situación de crisis e incertidumbre a otra donde las expectativas parecieron dejar de espiralarse y los precios a ganar estabilidad. Así, pronto la economía volvió a crecer, el salario recuperó poder de compra con el fin de la inflación y la inversión externa comenzó a fluir hacia el país a toda velocidad, gracias al nuevo clima económico. Veámoslo gráficamente.

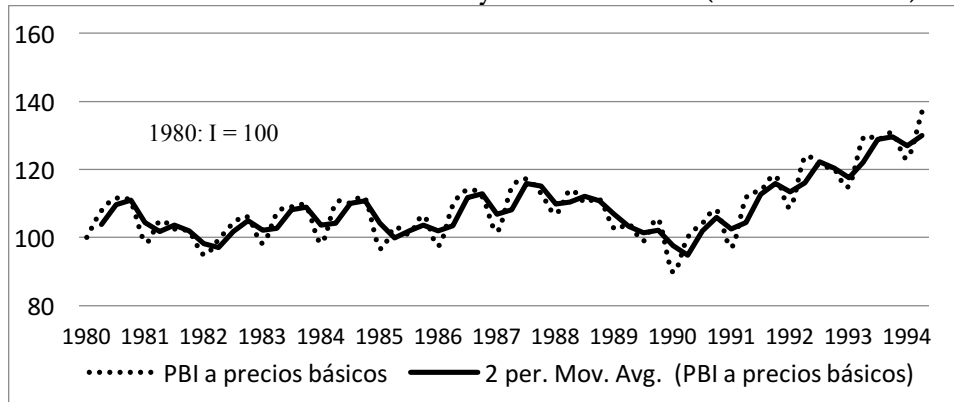
Gráfico 1: Variación de los precios contra el mes previo (enero 1989 – diciembre 1995)



Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio de Economía de la Nación.

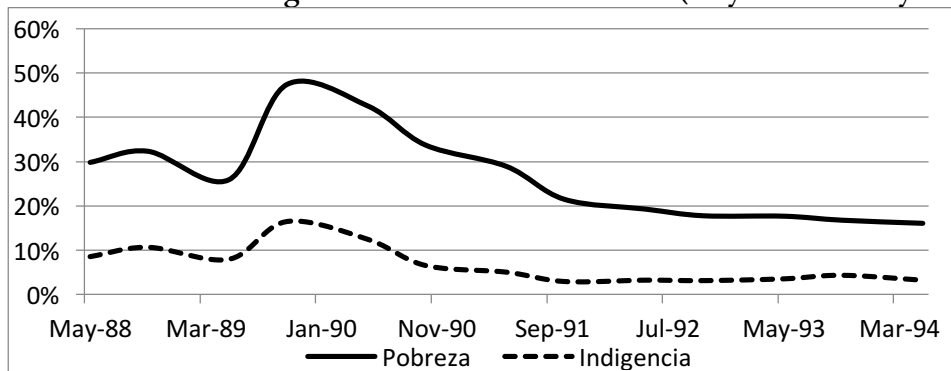
² Para un mayor detalle sobre las condiciones políticas y económicas de la coyuntura que dio origen a la convertibilidad, ver nuestro trabajo (Zicari, 2016d).

Gráfico 2: Índice PBI trimestral y su media móvil (1980:I-1994:II)



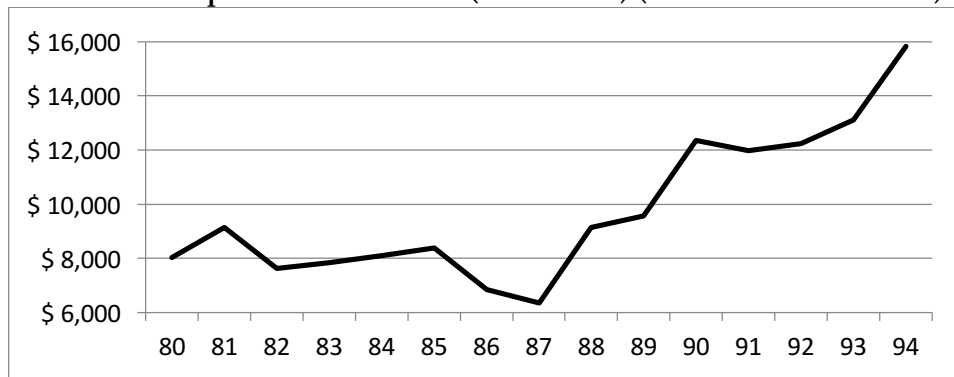
Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio de Economía de la Nación.

Gráfico 3: Pobreza e indigencia del Gran Buenos Aires (mayo 1988 – mayo 1994)



Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio de Economía de la Nación.

Gráfico 4: Exportaciones anuales (1980-1994) (en millones de dólares)



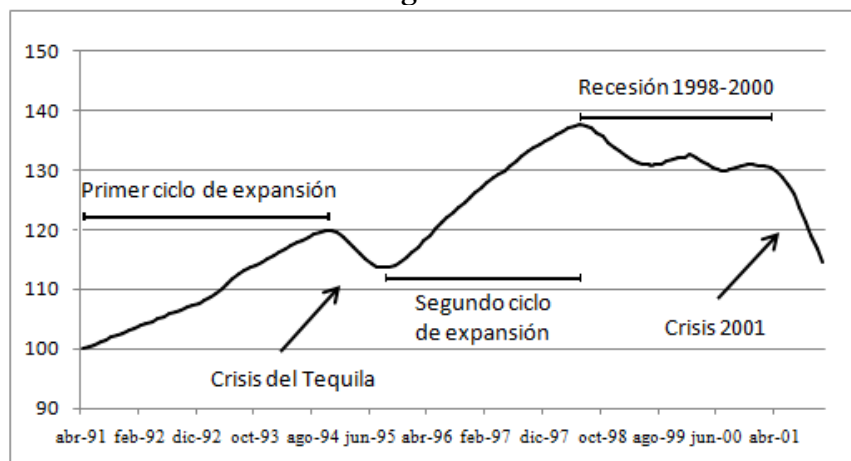
Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio de Economía de la Nación.

Si repasamos lo sucedido con las principales variables de la economía, notamos que el plan de reformas llevado a cabo por Menem pareció todo un éxito, sobre todo a partir de la llegada de la convertibilidad. En el terreno inflacionario, el cual parecía ser el problema más complejo

e indómito de todos, luego de dos estallidos hiperinflacionarios, y algunos signos que hicieron presagiar un tercero en el verano de 1991, notamos en el gráfico 1 que la llegada de la convertibilidad solucionó el problema en muy poco tiempo, acabando con la inflación y garantizando la estabilidad por el resto de la década. A su vez, el PBI, que prácticamente estuvo estancado durante toda la década de 1980, comenzó a crecer a muy buen ritmo al inicio de la década siguiente, ofreciendo algunos años tasas de expansión del 9% (gráfico 2). De este modo, a partir del crecimiento económico y el control de la inflación, los índices de pobreza e indigencia pronto bajaron, cayendo a la mitad de los valores que ofrecieron los años finales de la década del 80 (gráfico 3). Asimismo, las exportaciones, según nos indica el gráfico 4, pudieron aprovechar la excelente bonanza externa y duplicar durante la primera mitad de la década de 1990 los valores de los 80's. De igual modo, muchas variables mostraron valores alentadores: la inversión extranjera directa creció a toda velocidad, provocando una fuerte expansión de la productividad; el endeudamiento público logró disminuir durante los primeros años gracias al Plan Brady (que logró, además de quitas de capital, extender los plazos de pago y bajar las tasas de interés); mientras que los shocks de modernización y estabilidad permitieron expandir el consumo, motorizados primordialmente por el crecimiento del crédito bancario. Bajo estas coordenadas, no parece muy difícil entender por qué la convertibilidad logró tanto apoyó y fue la llave para legitimar todo el programa de reformas neoliberales, permitiendo que las mismas continuaran. A su vez, y de igual modo, la convertibilidad le permitió a Menem ganar recurrentemente las elecciones y luego reformar la Constitución en 1994 para estar habilitado a competir por un nuevo mandato al año siguiente. Así, mirada en perspectiva, durante la primera presidencia de Menem (1989-1995), se pasó de una situación de catástrofe absoluta, en la que muchos vieron los signos de descomposición y hasta una guerra civil³, a otra en la cual la estabilidad, la democracia y el crecimiento económico parecieron mostrar las marcas de una nueva y vigorosa “resurrección nacional”.

Ahora bien, como indicamos en la introducción, los casi once años del sistema de convertibilidad no fueron todos iguales, ya que en dicho plazo el sistema tuvo dos crisis, junto a periodos económicos bastante delimitados. Así, según el gráfico 5, se observa un primer ciclo de expansión entre 1991 y 1994, en el cual la economía creció sin problemas hasta detenerse con la crisis del tequila, y luego, una vez sorteada dicha crisis, volver a dar otro ciclo de expansión, esta vez más corto, entre 1996 y 1998. Mas, a partir de allí, comenzará una recesión que durará aproximadamente dos años, dando lugar a una depresión cada vez más severa que culminará con crisis de 2001 y el final de la convertibilidad. Tratemos de abordar, entonces, cómo y por qué se dieron estas diferencias entre ambas crisis y su dispar resolución en los próximos apartados.

³ Aldo Rico, líder carapintada que había participado en las rebeliones militares contra el gobierno de Alfonsín en los 80, por ejemplo, advirtió en junio de 1989, un mes antes de que Menem asumiera, que en la Argentina “no solo es posible sino probable una guerra civil” (Novaro, 2009: 307).

Gráfico 5: PBI mensual estilizado de la Argentina durante la convertibilidad (1991 - 2001)

Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio de Economía de la Nación.

LA PRIMERA CRISIS DE LA CONVERTIBILIDAD. UN CERRADO CONSENSO SOCIOPOLÍTICO SOSTIENE LA ECONOMÍA

La exitosa solución económica que implicó la llegada de la convertibilidad fue interpretada por muchos, a partir de sus consecuencias, como una época de oro, la cual permitió ganar paz y tranquilidad, tanto en términos políticos como económicos. Sin embargo, el final de esa calma llegó de forma inesperada. En este caso, cuando el gobierno mexicano decidió devaluar su moneda en diciembre de 1994 y toda la región recibió lo que se conoció como “efecto tequila”, el cual llenó de pánico a los mercados. Así, lo ocurrido en México pareció ser una señal de lo que virtualmente podría suceder en Argentina, puesto que ambos países habían adoptado modelos económicos similares. De este modo, los capitales comenzaron a salir de nuestro país por la incertidumbre que se instaló, adoptando una lógica bien sencilla, propia de los ajustes monetarios de una caja de conversión: los depósitos bancarios que iniciaron su caída, fueron cambiados por las reservas del Banco Central, el cual debía garantizar su conversión por el tipo de cambio fijo establecido, convirtiéndolos en dólares ‘frescos’ y fugándose del sistema, porque se estimaba que la convertibilidad no podría sobrevivir, temiéndose una inminente devaluación. Con esta lógica, se produjo una corrida bancaria y cambiaria que elevó las tasas de interés para retener los fondos que se escurrían, se cortó el ingreso de capitales externos, cayó la bolsa y el clima de euforia quedó apagado, desplomándose la actividad económica. Todos estos indicios, agravados mes tras mes desde la irrupción del tequila, encendieron las luces de alarmas en la mayoría de los estratos y grupos sociales del país. Ya que con el fin de la convertibilidad se estimaba que se desatarían una vez más todos los conflictos económicos y sociopolíticos que la paridad cambiaria había logrado calmar: la inflación retornaría y el temor a un nuevo episodio hiperinflacionario asomaría con fuerza como posibilidad; los problemas para repagar los créditos que había tomado gran parte de la población –pactados mayoritariamente en dólares–, se volverían impagables; mientras que los conflictos en torno a la puja distributiva volverían sin piedad entre los diversos agentes sociales, puesto que ninguno querría verse perjudicado por el quiebre del equilibrio del

sistema de precios. Por su parte, a todos estos problemas deberían de sumarse otros. En primer lugar, el recrudecimiento de las disputas económicas significaría una vez más el aumento del conflicto político y de la debilidad en la autoridad política del Estado para intervenir, lo que llevaría a una mayor incertidumbre y caos, donde –frente al reinicio del desorden– los fantasmas de nuevos hechos de violencia y/o de intervenciones del tipo militar tampoco estuvieron ausentes. En resumen, la crisis de 1995 pareció traer a la memoria las desastrosas condiciones finales de la década del 80 y todo lo ligado a ello.

Sin embargo, como muchos autores han tratado de señalar, en el año en que debían celebrarse elecciones presidenciales en Argentina, Menem “lograría su reelección gracias a esa crisis, más que a pesar de ella” (Novaro, 2009: 473)⁴. En efecto, el presidente Menem conciente de que su principal capital político era mostrarse como un sólido líder capaz de garantizar el orden y la continuidad de la convertibilidad decidió jugarse a fondo en pos de ello. Así, apenas dos meses antes de las elecciones presidenciales, aplicó una reducción de los salarios estatales y subió un 3% el impuesto al consumo (IVA). A estas medidas se le sumó un aumento de los requisitos de liquidez a los bancos que dolarizaba aún más el sistema, con el fin de mostrar compromiso con la paridad fija, al aumentar los costos de salida de ella. A su vez, y del mismo modo, se hicieron anuncios de nuevas privatizaciones (por ejemplo, de las centrales nucleares, hidroeléctricas y petroquímicas) y de la venta de las acciones estatales de las empresas que ya se habían privatizado, reforzando la aplicaciones de las medidas neoliberales que se utilizaron hasta ése entonces. Es decir, se tomaron acciones contractivas en un contexto recesivo y que eran políticamente impopulares –las cuales hicieron caer todavía más la actividad y que llevaron el desempleo a un record del 18%–, con el único fin de señalar que el gobierno estaba dispuesto a dispararse en el pie antes que abandonar la convertibilidad. Sin embargo, más allá de lo antipático que pudieron ser esas medidas ante buena parte de la población, ellas fueron también un aliciente “necesario” porque ratificaba la continuidad del orden socioeconómico logrado y que tanto apoyo recibía. Por lo cual, paradójicamente, a pesar del rechazo inicial que causaron, las disposiciones fueron convalidadas dos meses después, en mayo, con un nuevo triunfo electoral de Menem. A su vez, una pronta y atenta intervención del FMI dio auxilio a la situación, con un desembolso que llevó confianza, el cual también se consolidó con un fuerte apoyo monetario de los grupos económicos más importantes del país y de los bancos para despejar dudas sobre la ratificación de la convertibilidad. Así se logró un desembolso total de casi siete mil millones de dólares: 2.400 por parte del FMI, 1.300 del Banco Mundial, 1.000 del Banco Interamericano de Desarrollo, 1.000 en bonos de venta local comprados por grupos empresarios como una suerte de “aporte” contra la crisis, y otros 1.000 millones en bonos suscriptos por bancos privados.

En este sentido, las bases sociales que le permitieron a Menem volver a imponerse electoralmente en 1995 terminaron de formar un consenso social inédito hasta entonces en el país, en el cual los sectores de ingresos bajos –históricamente identificados con el peronismo– y los sectores altos apoyaron un mismo programa político. En un caso, la estabilidad de precios, la recuperación del consumo y la expansión del crédito fueron los

⁴ Otros autores, desde un marco teórico e ideológico distinto, dan una explicación similar. Ver por ejemplo (Bonnet, 2008: 130 y ss; Gerchunoff & Torre, 1996: 760).

principales incentivos que encontraron los sectores bajos para encolumnarse detrás del orden neoliberal (Gernavosi, 1998). Además Menem, a pesar del brusco cambio de banderas a las que llevó al peronismo, logró también que gran parte del partido no rompiera con él, sino que lo continuara apoyando. Así, los sectores sindicales, agrupados en la Confederación General del Trabajo (CGT) y el grueso de los gobernadores, cada uno por motivos distintos, sostuvieron el proyecto neoliberal menemista y su respaldo a la convertibilidad⁵. Por su parte, desde los sectores del capital concentrado también se terminó por cerrar filas detrás del peronismo, ya que Menem con su llegada al gobierno aplicó un tipo de programa económico largamente anhelado por aquellos y que asumió, tal como señalamos, un drástico giro pro-empresarial (Beltrán, 2011; Gaggero, 2012). Medidas como las privatizaciones, la apertura económica y la desregulación de varios mercados eran directrices que permitían sentar una amplia “comunidad de negocios” entre los grupos de la elite económica del país. De este modo, la rentabilidad de los distintos sectores del capital concentrado, ya sean productores de bienes transables, no transables como de los inversores financieros, dependían en buena medida del mantenimiento de la convertibilidad. Así, por ejemplo, se construyó el denominado “grupo de los ocho”, agrupamiento que reunían a las ocho principales asociaciones empresarias argentinas, que dieron un sistemático respaldo al curso de acción tomado, blindado al gobierno⁶. De allí que el triunfo electoral de 1995 fuera más alto todavía que el de 1989 y que, con el “blindaje político” que se recibió, fue posible despejar dudas sobre la continuidad de la convertibilidad y que la calma pronto retornara.

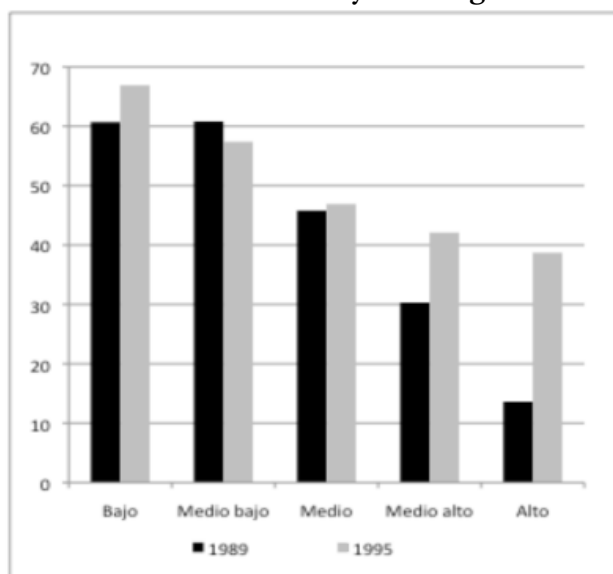
En resumen, la reelección presidencial de Menem fue la ratificación del cerrado consenso alcanzado detrás del orden neoliberal llevado a cabo por el peronismo. El mismo tuvo su principal cristalización en la convertibilidad y en la estabilidad de precios alcanzada. Así, en 1995 cuando irrumpió una fuerte crisis externa que puso en duda la continuidad del modelo económico, el grueso de la población cerró filas en pos de mantenerlo. A su vez, vale decir que el apoyo a la convertibilidad y al orden neoliberal no se plasmaron únicamente en el respaldo obtenido por el peronismo, sino que los principales partidos de oposición, tanto la Unión Cívica Radical (UCR) como el Frente País Solidario (Frepaso), también propusieron mantenerlos, puesto que el consenso al respecto era prácticamente indiscutido. Es decir, en el mejor de los casos, los tres principales partidos disputaron ante el electorado cuál de ellos administraría mejor aquello que habían renunciado a cambiar, ya que nada parecía hacer mella al nuevo orden. Ni al altísimo desempleo que se alcanzó en el año de la reelección, los recortes y ajustes estatales, los bajos salarios, las subas de impuestos al consumo o las altisonantes denuncias de corrupción que se le atribuían al gobierno parecieron ser suficientes como para no ratificar al poder político garante de dicho orden. Por lo que, los principales partidos políticos (y que obtuvieron entre los tres más del 90% de los votos) se comprometieron a garantizar la continuidad de la convertibilidad. Así, este cerrado consenso fue suficiente para

⁵ Para una análisis de los apoyos a Menem al interior del peronismo, tanto de los sindicatos como de los gobernadores, ver (Mustapic, 2002; Levitsky, 2003; Murillo, 2005).

⁶ El “grupo de los ocho” estaba compuesto por la Unión Industrial Argentina –UIA-, la Sociedad Rural Argentina –SRA-, Cámara Argentina de la Construcción –CAC-, la Unión Argentina de la Construcción –UAC-, la Asociación de Bancos Argentinos –ADEBA-, la Bolsa de Comercio –BC-, la Asociación de Bancos de la República Argentina –ABRA- y la Cámara Argentina de Comercio).

mostrar los costos que estaban dispuestos a pagar los distintos sectores de la sociedad con tal de salvar la economía.

Gráfico 6: Intención de voto a Menem en 1989 y 1995 según nivel socioeconómico (%)



Fuente: (Cherny, 2009: 194).

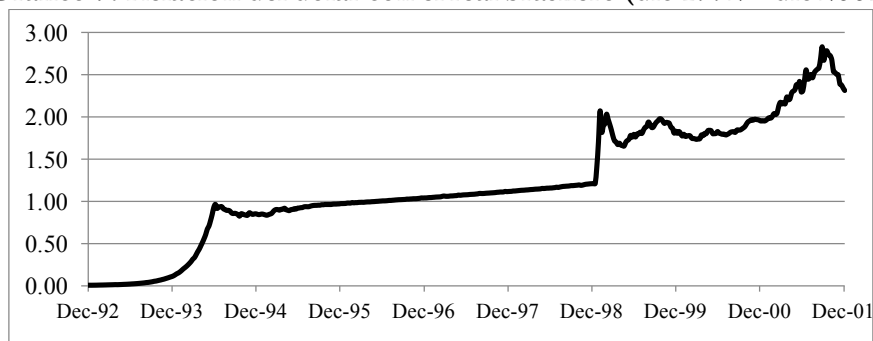
LOS DESPLAZAMIENTOS ECONÓMICOS Y LAS TRANSFORMACIONES SOCIOPOLÍTICAS

La convertibilidad y el consenso social que ella expresaba pasaron en 1995 una dura prueba que empero pareció mostrarle al mundo que contaban con una fortaleza mucho mayor a la primeramente estimada. Así, una vez ratificado el triunfo electoral de Menem, la paz pronto retornó: se detuvieron las caídas de los depósitos bancarios y de las reservas del Banco Central para comenzar a crecer una vez más; el índice financiero riesgo país luego de un fuerte pico de alza también recuperó la calma y empezó a descender; mientras que la inversión externa volvió a ingresar al país; por su parte, la situación económica se reactivó rápido, lo que dio lugar a un nuevo ciclo de crecimiento. Es decir, lo peor de la tormenta fue superado de forma relativamente fácil, casi como si todo hubiera sido tan solo un leve traspie. Sin embargo, una vez que la calma hubiera retornado, pequeños cambios y desplazamientos comenzarían a dibujar un nuevo horizonte económico y político.

En efecto, con respecto al terreno económico debemos decir que una serie de crisis externas volvieron a afectar al país, aunque de manera mucho menor a lo sucedido con el tequila. Así, se produjo la crisis del sudeste asiático (1997), la crisis rusa (agosto de 1998) y la devaluación brasilera (enero de 1999). Esto último, afectaría por demás a la economía argentina, ya que Brasil se había vuelto el principal mercado externo argentino, afectando el comercio por la pérdida cambiaria (gráfico 7). Por su parte, el segundo destino de las exportaciones argentinas detrás de Brasil, la Unión Europea, a partir de mediados de la década comenzaría un notorio proceso de depreciación cambiaria con respecto al dólar (gráfico 8). Es decir, en estos dos

casos ocurrió lo mismo, las principales plazas de recepción de los bienes argentinos, que eran el 60% de sus mercados, al estar devaluados frente al dólar, llevaron al tipo de cambio argentino a una situación de progresiva apreciación y de pérdida de competitividad. En este mismo sentido, el contexto externo fue aún más adverso si consideramos lo ocurrido con los precios de los principales bienes de exportación argentinos: los bienes primarios, las manufacturas de origen industrial y las manufacturas de origen agropecuario, que explicaban entre los tres ítems el 90% de las exportaciones, tuvieron un contexto de alza hasta mediados de la década de 1990 y permitieron que los embates del Tequila en 1995 puedan ser amortiguado. Sin embargo, la segunda mitad de la década encontró a dichos precios externos en un proceso de continua baja que se agudizó desde 1999 y que tocó su peor valor en una década durante 2001 (gráfico 9). Con estos elementos, no nos es muy difícil entender lo que ocurrió con la paridad cambiaria real multilateral del país, la cual tiene en cuenta la relación cambiaria y comercial con las diferentes monedas y bienes que componen la canasta de exportación del país. En este caso, desde el inicio de la convertibilidad hasta su fin se sufrió un progresivo proceso de apreciación cambiaria, ya sea por la por la inflación residual existente durante los primeros tiempos de la convertibilidad, heredada de las épocas de alta inflación y que tardó en controlarse, o por la desmejora externa ocurrida desde 1996. Por esto, desde el inicio de la convertibilidad hasta mediados de 1993, la pérdida de competitividad fue notoria, pero pronto parte de ella fue compensada por la suba de los precios externos, sobre todo hasta 1995. No obstante, desde mediados de 1996 la desmejora externa no se detendría, lo que llevó a que la pérdida de competitividad externa acumulara un 35% en la coyuntura de 2001 frente a una pérdida de solo el 20% en 1995 (gráfico 10). Por su parte, todo se complicaría aún más al final del siglo, cuando la Reserva Federal en Estados Unidos aplique la política de tasas de interés más altas de la década (gráfico 11). Este hecho secaría el mercado de préstamos externos y no le permitiría al gobierno argentino, amén los propios problemas internos del país, obtener financiamiento como en otras épocas.

Gráfico 7: Relación del dólar con el real brasilero (dic 1992 – dic 2001)



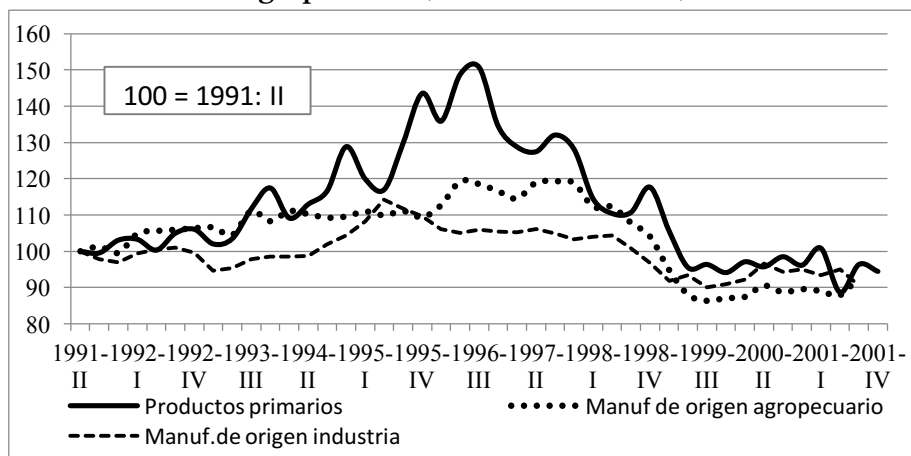
Fuente: Elaboración propia en base datos Reuters.

Gráfico 8: Relación del euro con el dólar (ene 1990 – dic 2001)



Fuente: Elaboración propia en base datos Reuters⁷.

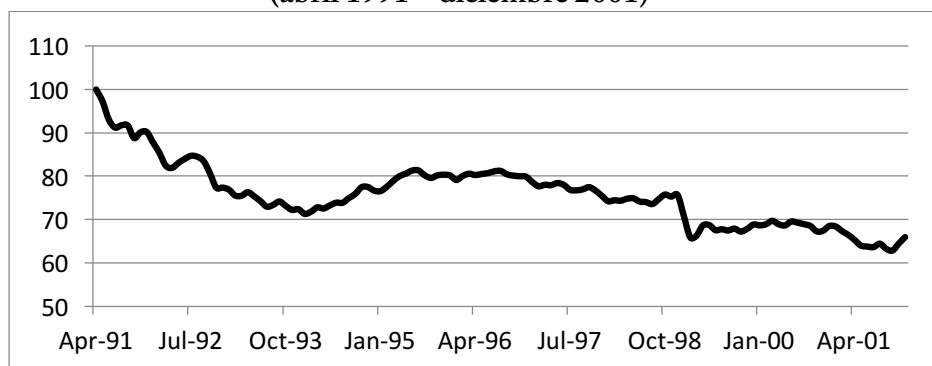
Gráfico 9: Índice de precios trimestrales de los bienes de exportación argentinos: productos primarios, manufacturas de origen industrial y manufacturas de origen agropecuario (1991: II – 2001: IV)



Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio de Economía.

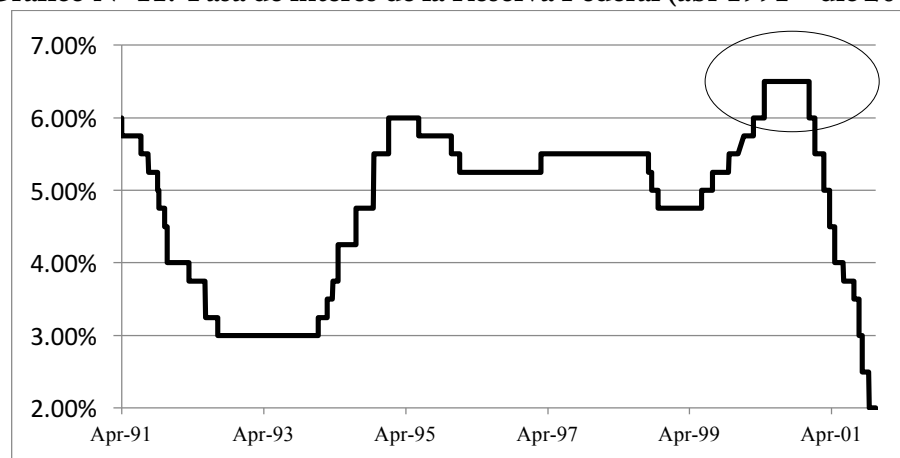
⁷ Respecto del Euro debemos considerar que si bien comenzó a funcionar en enero de 1999 como unidad contable y en 2002 como moneda, los datos del gráfico N° 10 recomponen la canasta de divisas que lo conformó y lo extrapola hacia el pasado, permitiéndonos evaluar la evolución.

Gráfico 10: Índice del Tipo de Cambio Real Multilateral durante la convertibilidad (abril 1991 – diciembre 2001)



Fuente: Elaboración propia en base datos BCRA.

Gráfico N° 11: Tasa de interés de la Reserva Federal (abr 1991 – dic 2001)

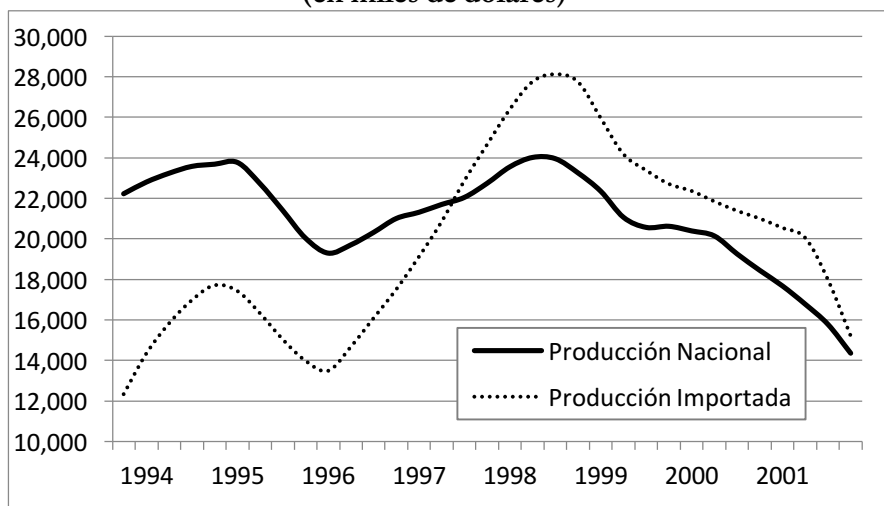


Fuente: Elaboración propia en base datos Reserva Federal de Estados Unidos.

Las consecuencias de un proceso como el descrito no fueron menores para la economía argentina. En principio, porque la acumulación de problemas externos, sumados a las políticas de apertura, neoliberalismo y ortodoxia, sobreexigieron a las empresas nacionales al hacerlas competir en situación de desventaja, principalmente por un tipo de cambio que se apreció en forma permanente. De ese modo, la brusca apertura económica promovió de mayor grado el aumento de las importaciones sin tener una contrapartida lo suficientemente poderosa para que las exportaciones crezcan, por lo menos a igual ritmo, dado que el sistema de precios relativos estaba sesgado en contra de la producción de los bienes transables. Por su parte, la concentración de ingresos que produjo el modelo neoliberal, con una menor masa salarial y un alto nivel de desempleo, le quitaron dinamismo al mercado interno. Así, por los motivos repasados, las empresas locales se encontraron con dificultades tanto para colocar su producción en el mercado nacional como en el exterior. En el gráfico 12 podemos observar cómo la dinámica instaurada por la convertibilidad hizo que el componente local de los

principales ítems de producción fuera reemplazado por productos importados y por lo cual, de esta manera, el frente externo terminó por consolidar una situación estructural clara: el predominio importado asumió un carácter permanente frente a la producción nacional y a las exportaciones, lo que arrojó un déficit comercial crónico (gráfico 13). Por su parte, la brecha externa sólo se logró revertir en tiempos de depresión económica, como en 1995 y en 2001, aunque no por el aumento de las exportaciones, sino por una parálisis del consumo interno que generó una menor demanda de importaciones. Es decir, se estructuró una situación en que si la economía se mostraba activa y en crecimiento, como fue durante los dos ciclos de expansión señalados (1991-1994 y 1996-1998), el déficit externo se ampliaba de modo creciente, pero si la economía se contraía, el déficit tendía a disminuir. Por lo que, como conclusión con vistas al frente externo, dada la dinámica instaurada por la convertibilidad, las autoridades sólo podían optar entre “dos males”: o bien por hacer crecer el PBI, al costo de aumentar el déficit con el exterior, o bien acotar la brecha externa, pero generando como consecuencia una economía estancada y en contracción⁸.

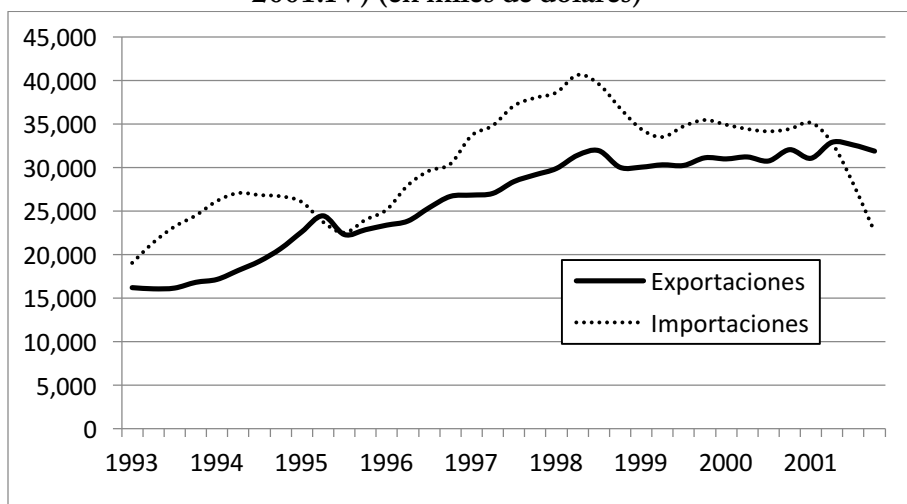
Gráfico 12: Evolución trimestral promedio de equipos durables de producción, material de transporte y maquinarias y equipo de origen nacional e importado (1993:IV – 2001:IV)
(en miles de dólares)



Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio de Economía.

⁸ Un abordaje sobre los problemas estructurales y las paradojas de “entre dos males” generados por el modelo de la convertibilidad pueden encontrarse en Musacchio (2009).

Gráfico 13: Evolución trimestral de las exportaciones e importaciones (1993:I – 2001:IV) (en miles de dólares)

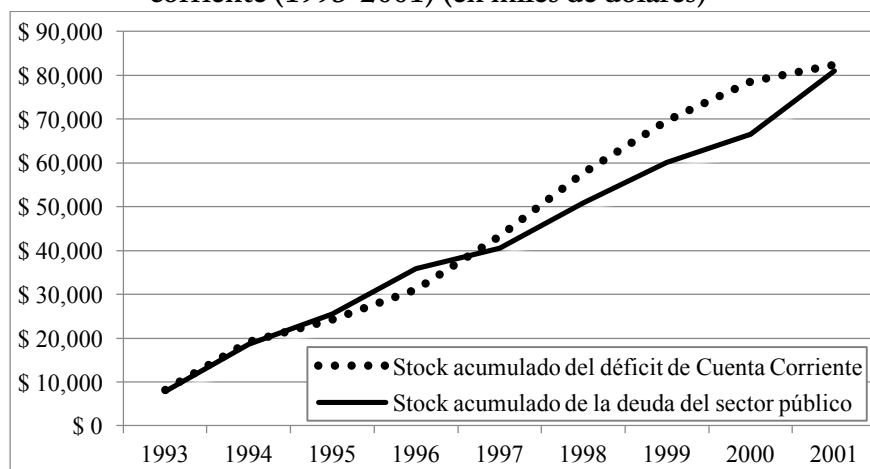


Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio de Economía.

Como vemos, en todos los casos el sistema de convertibilidad tendió a perjudicar al sector externo y a generar un déficit comercial estructural por culpa del tipo de cambio apreciado. De este modo, si bien el déficit entre importaciones y exportaciones se pudo compensar parcialmente por los ingresos de las privatizaciones y la entrada inicial de capitales por inversión externa directa, ambos atraídos por las primeras reformas neoliberales, ambas tendencias comenzaron a disminuir de manera pronta –reducidos sólo a la primera mitad de la década– y sólo se equilibró la brecha externa gracias al endeudamiento sistemático. Es este punto el que explica fuertemente, y de manera sincrónica, la evolución de la deuda externa y del déficit de la cuenta corriente entre 1993 y 2001 (gráfico 14). De allí que, frente a las inconsistencias macroeconómicas de la convertibilidad, el endeudamiento fuera la única forma de sostener dicho modelo, dándole un lugar a la deuda cada vez mayor en la estructura económica argentina. En efecto, la toma de deuda se convertiría en un tema central de la política económica nacional, principalmente por dos motivos. El primero, ya lo dijimos, porque la supervivencia del modelo de convertibilidad terminó dependiendo de la capacidad que tuvieran los gobiernos del país de conseguir préstamos, ya sea para compensar los déficits externos, los fiscales o ambos. En segundo lugar, porque el peso del endeudamiento fue demandando un esfuerzo cada vez mayor por parte del Estado para poder hacer frente al repago que éste implicaba. Así, el porcentaje destinado del gasto público a pagar los intereses de la deuda creció sistemáticamente. Por ejemplo, si en 1993 se destinaba el 7% de los ingresos estatales al pago de la deuda, en 2001 se destinaba a eso casi el triple (cuadro 1: fila f). Por su parte, esta situación terminaba de generar un círculo vicioso imposible de evadir: los recursos destinados al pago de deuda al crecer año tras año, obligaban a los gobiernos o bien a tomar nuevos créditos para pagar los anteriores o bien a realizar recortes del gasto, lo cual, esto último, llevaba a que la economía se contraiga, reduciendo el nivel de actividad y –por ende– la recaudación (lógica que se impuso desde 1998). Así, en todos los casos, el

endeudamiento terminaba por volverse una enorme bola de nieve, cuyo peso asumía una dinámica cada vez más inmanejable, puesto que –como veremos– no habría solución frente a ello.

Gráfico 14: Evolución anual del stock de deuda pública y del déficit de la cuenta corriente (1993-2001) (en miles de dólares)



Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio de Economía.

Cuadro 1: Ingresos corrientes, gastos corrientes, resultado primario, pago de intereses, resultado fiscal y sus relaciones (1993-2001) (en miles y en %)

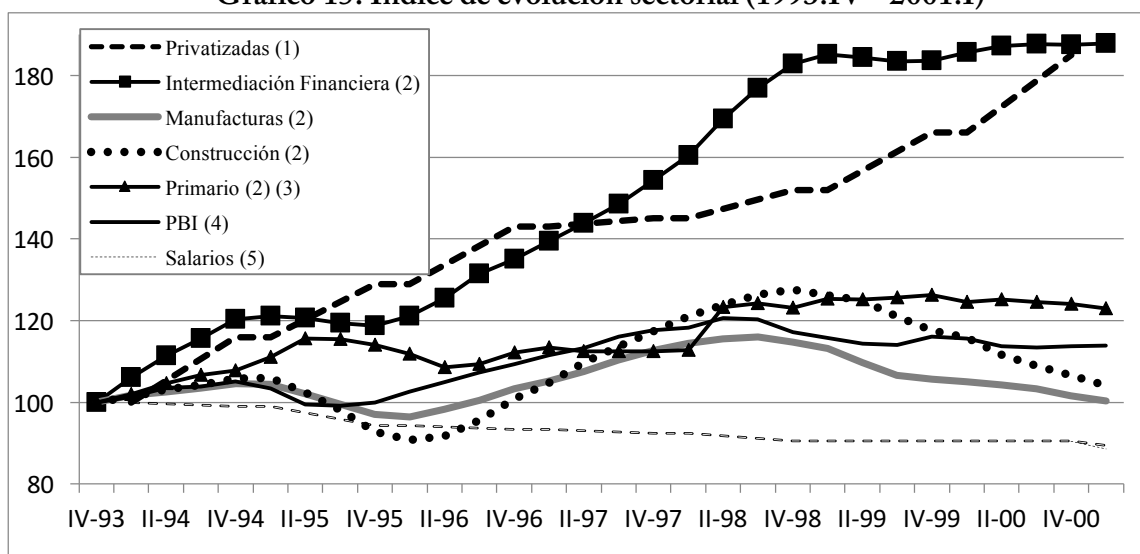
	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001
(a) Ingresos corrientes	41.072,5	47.112,5	47.694,9	45.836,1	53.688,8	55.795,3	54.442,9	55.026,7	50.079,2
(b) Gastos corrientes	37.283,3	42.419,3	43.345,3	43.849,1	49.310,6	50.153,9	50.786,5	49.845,5	46.355,4
(c) Resultado primario (a-b)	3.789,2	4.693,2	4.349,6	1.987,0	4.378,2	5.641,4	3.656,4	5.181,2	3.723,8
(d) Pago de Intereses de la deuda	2.914,0	3.150,3	4.083,5	4.607,9	5.788,3	6.660,3	8.223,6	9.656,0	10.174,6
(e) Resultado financiero (c-d)	875,2	1.542,9	266,1	-2.620,9	-1.410,1	-1.018,9	-4.567,2	-4.474,8	-6.450,8
(f) Intereses/Ingresos (d/a)	7,09%	6,69%	8,56%	10,05%	10,78%	11,94%	15,10%	17,55%	20,32%

Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio de Economía.

Por su parte, todas estas transformaciones también dejaron su marca en los principales sectores económicos y grupos de capital concentrado del país. En este caso, el final de la década de 1990 encontró a las grandes corporaciones empresariales en un proceso de ruptura y enfrentamiento porque resultaba evidente, ya a partir del segundo tramo de la década, que no todos los sectores económicos habían resultado igualmente beneficiados por el modelo de la convertibilidad (Castellani & Schorr, 2004; Kan, 2009). En efecto, la combinación de apertura económica, tipo de cambio fijo y apreciación cambiaria favoreció de mejor manera a los sectores productores de bienes no transables (como los bancos y las empresas privatizadas) que a los productores de bienes transables, que perdieron protagonismo en el mercado

doméstico y que sufrieron la baja de los precios externos. Por su parte, el cambio de precios relativos que generó la convertibilidad, no sólo provocó desiguales ventajas de rentabilidad y productividad en uno y otro caso (ver gráfico N°15), sino que además significó instaurar una nueva relación de poder, porque el gobierno dependía enormemente, como vimos, de los préstamos del sector financiero, lo cual lo volvía especialmente permeable a él (lo que explica su obsesión con el índice *riesgo país* y no con otros indicadores como podrían ser el Estimador Mensual Industrial –EMI– o el Índice Sintáctico de la Construcción –ISC–), y porque las empresas privatizadas contaron con un fuerte respaldo de las embajadas de los países centrales de los cuales provenían. Así, a mediados de 1999 “la comunidad de negocios” conformada para defender el modelo de la convertibilidad se quebró: el “Grupo de los ocho”, que había funcionado como representación institucional de los grupos económicos de mayor poder para con el menemismo y su modelo, se desintegró. Este quiebre se produjo cuando se formó el *Grupo Productivo*, formado por parte de la Unión Industrial Argentina (UIA), la Cámara Argentina de la Construcción (CAC) y Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), que comenzó a pedir ciertas “compensaciones” por los elementos que entendía lo perjudicaban. Así, el *Grupo Productivo* emergió a partir de allí como promotor de una pronta reactivación del mercado interno y de tomar medidas para “flexibilizar” el tipo de cambio y ganar algo de competitividad externa. Además, propusieron subir los aportes patronales de las empresas privatizadas, bancos e hipermercados, que permitiría recaudar dos mil millones de dólares, para crear con esto un seguro de desempleo y fortalecer el consumo interno. Según se dijo, porque debían ser según ellos “los sectores que más ganaron” los que asumieran los costos de la crisis (Gaggero & Weimar, 2004).

Gráfico 15: Índice de evolución sectorial (1993:IV - 2001:I)



Fuente: Elaboración propia. (1) La serie representa la evolución de las ventas de la elite empresaria de las empresas privatizadas 1993-2000 en base datos (Aspiazu *et al*, 2002: 179). (2) Es el promedio anual (4 trimestres) del PBI sectorial en base datos Ministerio de Economía. (3) El sector primario considerado incluye agricultura, ganadería, caza y silvicultura. (4) Es el PBI trimestral suavizado en

base datos Ministerio de Economía. (5) Salario medio anual en base datos (Castelani & Schorr, 2004: 61).

Vemos en el gráfico 15 cómo durante buena parte de la década de 1990 se produjo, entonces, un notable asimetría sectorial. Allí se observa que las empresas privatizadas y de servicios financieros lograron una excelente performance, que logró crecer 90% entre 1993 y comienzos de 2001, cuando el PBI en igual plazo creció sólo un 17%. De modo casi inverso, el resto de los sectores económicos (manufacturas, construcción y la producción primaria) crecieron mucho menos o directamente permanecieron estancados, casi sin lograr beneficios entre los extremos considerados. Aunque sin dudas, fueron los grupos asalariados los que peor evolución registraron, al descender el índice salarial en igual periodo un 12%.

De este modo, es fácil entender por qué frente a las posturas de algunos empresarios fueran partidarios desde entonces de posiciones económicas heterodoxas y de introducir cambios mientras que, de modo inverso, las corporaciones del sistema financiero y de las empresas privatizadas no quisieran realizar modificaciones bruscas al modelo que tanto las beneficiaba, puesto que éstas –al contrario que aquellas– buscaban medidas sumamente ortodoxas, que garantizaran la convertibilidad, el pago de la deuda y la baja del déficit fiscal. Para ello, eran partidarios principalmente de ajustar las cuentas públicas y la rigidez monetaria, y se hallaban cercanas a los planteos fiscalistas del FMI (Noriega, 2007). De esta manera, mientras los empresarios del *Grupo productivo* buscaban reactivar el mercado interno y “flexibilizar la convertibilidad”, pidiendo solapadamente una *salida devaluatoria*, otra parte importante del campo empresarial no sólo deseaba resguardar férreamente a la paridad fija, sino que comenzó a proponer como mejor forma de “asegurarla para siempre” la total dolarización de la economía (hablaban de pasar hacia “la fase superior de la convertibilidad”)⁹, tal como hicieron por ese entonces países como Ecuador y El Salvador, entrando en fuerte sintonía con los planteos de Estados Unidos de conformar un Acuerdo de Libre Comercio en América (ALCA) (Brenta, 2004). Es decir, claramente el consenso económico al interior de los grupos económicos del capital concentrado ya estaba roto detrás de los proyectos de “devaluación” y “dolarización¹⁰”. Por lo cual, al comenzar el año 2001 la convertibilidad dejó de contar con el importante respaldo de un empresario unificado como había sido en 1995 y halló lo contrario: ahora las diferentes corporaciones del gran capital no estaban dispuestas a alinearse para salvar la convertibilidad, la cual ya no les interesaba, sino que crearon diferentes estrategias para imponer sus propios proyectos económicos.

Con respecto al campo de los sectores subalternos la situación también tendió a cambiar. Puesto que el alto desempleo que se coronó a partir de 1995 trajo como su consecuencia inmediata el aumento de la pobreza y un mayor deterioro del salario, los cuales fueron llevando la situación social a un fuerte recrudescimiento, sobre todo desde la segunda mitad de la década. A partir de allí, se crearon asociaciones de desocupados que comenzaron a

⁹ Ver por ejemplo “La dolarización divide opiniones en el gobierno” *Clarín* (27/05/1999).

¹⁰ Un análisis del comportamiento diferencial de los grupos económicos concentrados para el periodo 1999-2001 y su enfrentamiento puede encontrarse en (Gaggero & Weimar, 2004; Kan, 2009; Castellani & Szkolnik, 2011; Gaggero, 2012)

protestar y a reclamar una mejora inmediata en su situación, principalmente a través de piquetes y cortes de rutas. Fue así que los grupos piqueteros terminaron por volverse los importantes actores del conflicto social en el país (Svampa & Pereyra, 2003; Zicari, 2013a), a la par que el sindicalismo –tanto el conformado por los gremios peronistas como por los demás– se mostró mucho más activo durante la segunda mitad de la década de lo que había sido durante la primera (Piva, 2006; Iñigo Carrera, 2009). Por lo que, lo sucedido en ambos casos, tanto con los trabajadores ocupados como los desocupados, se estaba generando una dinámica en la conflictividad social cada vez más activa, intransigente y refractaria al modelo neoliberal de cara al cambio de siglo (ver más adelante).

Por último, debemos agregar dos cambios más en el terreno político, ya que desde el oficialismo –la propia coalición gubernamental– tuvo quiebres internos, mientras que, desde los partidos de oposición al peronismo, hubo también reacomodamientos propios. Con respecto a lo primero, en julio de 1996 Domingo Cavallo, padre intelectual de la convertibilidad, dejó su cargo en el gobierno y comenzó a construir desde allí su propio proyecto político. A su vez, el gobernador peronista de la provincia de Buenos Aires, principal distrito del país, Eduardo Duhalde, rompió con Menem, buscando ahora conquistar el liderazgo del PJ, mientras que también comenzó a cuestionar a la convertibilidad al declarar con contundencia que “el modelo está agotado” (*Clarín* 27/07/1998), sugiriendo que las perspectivas económicas abiertas por el ciclo de la convertibilidad y del tipo de cambio fijo estaban languideciendo¹¹. Por otra, con respecto a los partidos de oposición, la UCR y el Frepaso, conformaron en 1997 una coalición electoral con el fin de volverse una alternativa al peronismo en la elección presidencial de 1999, la cual finalmente lograron conquistar.

En resumen, como vemos, hacia final de 1999 cuando asumió la Alianza la presidencia del país el horizonte político ya no era igual que el de 1995. Es decir, si bien el respaldo mayoritario al modelo de la convertibilidad aún perduraba muy alto, los distintos actores sociopolíticos del sistema fueron mutando y asumiendo posiciones cada vez más complejas y difíciles de conciliar, más aún cuando el contexto económico y externo entró en una situación cada vez más delicada. De allí que, en 1999, las condiciones de viabilidad del orden social neoliberal todavía no estuvieran en un nivel crítico e insalvable, aunque sí con crecientes problemas que demandan soluciones prontas. Con lo cual, la llegada al gobierno de la Alianza significó un armisticio para el grueso de los actores, quedando a la espera de respuestas que evitaran la agudización de los conflictos latentes. Sin embargo, como veremos, esas respuestas no sabrían de llegar.

2001: LA SEGUNDA CRISIS DE LA CONVERTIBILIDAD. EL EQUILIBRIO SOCIOPOLÍTICO PERDIDO

Según pudimos ver, al comenzar el gobierno de la Alianza sobre fin de 1999 el campo sociopolítico se encontraba fragmentado y en ebullición: los sectores subalternos estaban en un proceso de alza de luchas y de organización por parte de los piqueteros y con un

¹¹ Para un análisis del programa, aliados y propuestas de Duhalde hacia la campaña presidencial de 1999 y de sus ideas de terminar con el modelo, ver (Zicari, 2016b).

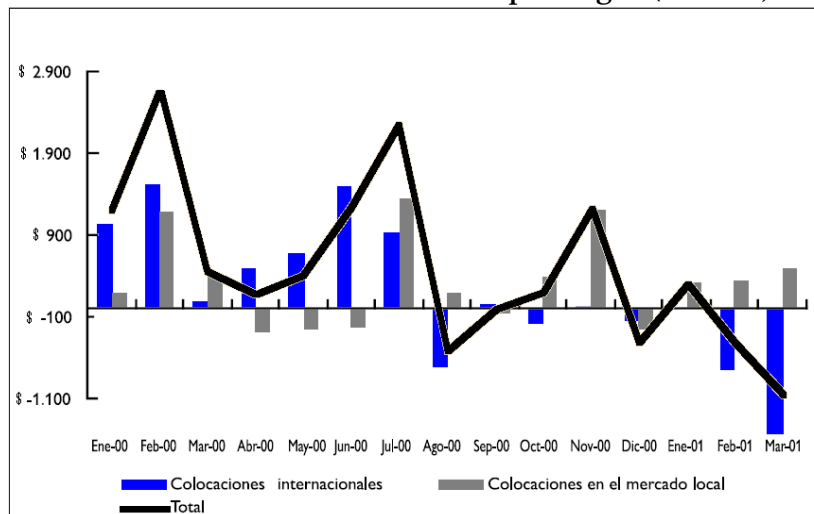
sindicalismo mucho más activo, el peronismo estaba dividido y las corporaciones del gran capital tenían diferencias entre sí, pugnando por modelos económicos divergentes (Arisó & Jacobo, 2002). En este sentido, el comportamiento inicial asumido por la Alianza, consiente del progresivo agotamiento del consenso neoliberal y de la problemática que era la situación para varios grupos sociales, estuvo igualmente decidido a mantenerlo y a darle nuevos bríos, a partir de una apuesta por la renovación institucional. En este caso, la Alianza, para evitar cambios mayúsculos y no desatar conflictos inesperados, se apegó fuertemente a su compromiso electoral de respetar la convertibilidad y a apelar a la ética ciudadana y a la transparencia. Sin embargo, dicha coalición sufrió durante su primer año de gobierno un largo proceso de desgaste, que la llevó finalmente a su desangramiento interno y a acumular muchos problemas económicos.

Así, los primeros problemas se dieron por el tipo de estrategia que decidió aplicar la Alianza para atacar el déficit fiscal heredado, diagnosticado como el principal foco de virtuales problemas si era desatendido. Por lo que en los primeros seis meses de gestión el ministro de Economía José Luis Machinea realizó tres ajustes del gasto (diciembre, febrero y mayo). Allí, con el fin de aliviar la situación presupuestaria del Estado y ganar la confianza de los mercados, se subieron impuestos, redujeron salarios, se bajaron las jubilaciones y se despidieron trabajadores estatales. Empero, más allá de estos tres recortes iniciales no llegó la calma económica esperada sino nuevas dificultades, ya que el financiamiento externo se cortó pronto (gráfico 16). A su vez, tras el recorte de mayo, la coalición sufrió su primer quiebre político: se fueron disconformes de ella miembros de los partidos socialistas, algunos radicales –por ejemplo, Elisa Carri– y varios frepasistas –entre otros, Alicia Castro-. Igualmente, los conflictos no se detuvieron allí, sino que al contrario, se agravaron aún más. Puesto que casi en simultáneo a aquellas deserciones comenzaron a ganar peso sospechas de corrupción en el Senado, en las cuales se atribuía que el gobierno había pagado coimas para aprobar una ley. Dichas sospechas devinieron en un escándalo mayúsculo que desembocó en un segundo quiebre político en la Alianza (cinco meses después del primero), cuando en octubre el vice-presidente del país y líder del Frepaso, Carlos “Chacho” Álvarez, renunció a su puesto, dejando más sospechas sobre un posible comportamiento ilícito del gobierno (Novaro, 2002; Zicari, 2016e). Así, el compromiso de transparencia institucional con el que se había identificado la Alianza se vio lleno de sombras, a la par que la coalición gubernamental empezaba a estallar y a poner al descubierto las profundas diferencias internas que la habitaban. Por su parte, y en paralelo a los problemas políticos, se les sumó un nuevo agravamiento del terreno económico, que terminó por generar un nuevo ajuste más del gasto antes de finalizar el año, como también la fuerte intervención del FMI y su paquete de ayuda económica conocido como “Blindaje” para llevar algo de calma.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos y de la ayuda externa, nada de esto bastó, puesto al comenzar el año 2001 todo empeoró todavía más, cuando se desató en febrero la crisis turca y se temió un efecto contagio en la Argentina y que éste se transformara en la antesala de un virtual default estatal, ya que nuestro país no estaba pudiendo colocar deuda en el exterior desde hacía varios meses (gráfico 16). Por lo que, ante este nuevo embate de la situación económica, el presidente De la Rúa decidió actuar rápido y reemplazar a su ministro de Economía, José Luis Machinea, por el ultraortodoxo Ricardo López Murphy para poder así

salvar la situación y conseguir algo de calma. Aunque, no obstante la aparente solución de los problemas, resultó paradójicamente una bomba de tiempo lista para estallar. Ya que con ello se generó la denominada “crisis de marzo” (Gervasoni, 2003).

Gráfico 16: Fuentes del financiamiento estatal por origen (exterior, local y total)



Fuente: BCRA.

Efectivamente, la crisis hacia la cual estaba llegando la situación económica en marzo de 2001 estrechó los márgenes de acción que le permitieran al gobierno tener algo de paz en la plaza financiera. Allí, al optar por el tipo de estrategia que López Murphy representaba, la cual era una radicalización del enfoque llamado “fiscalista” que buscaba a toda costa reducir el déficit fiscal como máxima prioridad, generó una nueva conmoción interna en todo el arco sociopolítico, dividiendo posiciones en el interior de la Alianza, el peronismo, el campo empresarial como en la lucha sindical y piquetera. Con respecto al peronismo, porque una vez que fuera derrotado el PJ por la Alianza en 1999, dicho partido acentuó el proceso de fragmentación interna previo sin que pudiera encontrar un liderazgo claro: la rivalidad entre Menem y Duhalde prosiguió, los gobernadores peronistas de las provincias más grandes (Carlos Ruckauf, de Buenos Aires, José De la Sota, de Córdoba y Carlos Reutemann, de Santa fe) ensayaron estrategias individuales, mientras que los gobernadores de las provincias “chicas” del peronismo conformaron el “Frente Federal” para polarizar con otros proyectos y actores del partido (Azardun, 2004; Raus, 2014). Así, al comenzar el 2001, el principal partido opositor guardaba una multiplicidad de referentes y proyectos que impedían la unificación, sino que tendía hacia la heterogeneidad. Asimismo, las divisiones dentro de los sectores empresarios antes señaladas terminaron por materializarse en alianzas con algunos líderes políticos para llevar a cabo sus proyectos. De este modo, el Grupo Productivo trabó relaciones con Duhalde, siendo algunos de los *productivistas* miembros de las listas de candidatos del bonaerense en las elecciones de 1999. Por su parte, las ideas dolarizadoras comenzaron a ser defendidas con más fuerza por Menem, el Centro de Estudios Macroeconómicos (CEMA), de donde provenía el Presidente del Banco Central, Pedro Pou,

y por Fernando de Santibañez, titular de la SIDE y amigo personal de Fernando De la Rúa. Además, la aguda pauperización hacia la cual estaba tendiendo la situación social fue el ámbito que hizo que los grupos piqueteros tuvieran todavía más protagonismo y organicidad, y los grupos sindicales perdieran la paciencia totalmente, se unificaran y llamaran a una huelga general contra López Murphy.

En efecto, al llegar a marzo de 2001, el enfoque ortodoxamente salvaje que representó López Murphy, quién buscó realizar una gran poda en el presupuesto estatal y castigar sobre todo a la educación pública, las partidas provinciales y a los empleados públicos, llevó a la situación frente a un equilibrio político imposible. Por ejemplo, Menem apoyó sin dudar al nuevo ministro, al asegurar que era una persona que “está con la dolarización” (*La Nación*, 05/03/2001), que también tuvo el respaldo de los bancos, el FMI y EE. UU., mientras que – en contraposición– el grueso de los mandatarios provinciales del PJ formaron una liga defensiva contra las medidas extremas de López Murphy, porque éste sólo buscaba llevar a cabo recortes extremos sobre sus distritos¹². Además, el Grupo Productivo leyó en la llegada del nuevo ministro al peor de sus enemigos. Por parte de la propia Alianza ocurrió otro tanto, ya que el mismo día en que López Murphy anunció sus planes, todos los funcionarios del Frepaso dejaron sus puestos y renunciaron varios ministros –incluidos varios radicales–. Así, lo que había comenzado en febrero como una posible crisis económica pronto viró en marzo hacia una contundente crisis política que dejó a De la Rúa acorralado y sin respaldos, y que lo llevó a optar por una medida desesperada: convocar a Domingo Cavallo como nuevo ministro de Economía en reemplazo de López Murphy, poniendo fin a éste a sólo dos semanas de haber asumido¹³. Sin embargo, las consecuencias económicas de los conflictos de esta “crisis de marzo” no fueron gratuitas: se produjo una corrida contra el peso argentino, en la que los depósitos bancarios cayeron más de un 10% en esos treinta días, las reservas del Banco Central un 20%, subió el indicador riesgo país un 40%, mientras que las tasas de interés para captar fondos tocaron el 50% anual.

Con el retorno del Domingo Cavallo como ministro de Economía se produjo quizás la última oportunidad de restablecer el consenso político perdido entre todos los grupos. Así, el quiebre en el interior de la Alianza pareció dejarse de lado y comenzar a recomponerse, puesto que el Frepaso volvió al gobierno e incluso Chacho Álvarez estuvo dispuesto a retornar a él como Jefe de Gabinete¹⁴. El Grupo Productivo, por su parte, se entusiasmó con el nuevo discurso asumido por Cavallo, que ahora hablaba sólo de crecimiento y de no realizar más ajustes y que propuso planes de reactivación, mientras que el sector financiero y las privatizadas ganaron tranquilidad. A su vez, los gobernadores provinciales que tan duramente

¹² Como señaló el gobernador de Buenos Aires, Carlos Ruckauf, sobre si el gobierno persistía en llevar a cabo el ajuste de López Murphy: “el país estalla. Sale la gente a las calles, los docentes, los gremios [...] Este es un nuevo error de apreciación que no vamos a permitir. Insisto, no se lo vamos a permitir. Ya hablé con los legisladores nacionales de la provincia para que voten en contra todo el paquete de López Murphy y el martes nos vamos a reunir con los gobernadores. Creo, por supuesto, que nuestra posición va a ser unánime [...] Menem volvió a engañar a De la Rúa. Menem le dijo que sus 40 diputados iban a votar esas leyes” (*La Nación* 18/03/2001).

¹³ Un análisis político sobre la breve gestión de López Murphy y su significación política en (Zicari, 2014b).

¹⁴ “Para Chacho, las medias están en tono con la Alianza”, *Clarín* (30/03/2001).

batallaron contra los recortes de López Murphy creyeron que ahora, con las promesas sobre que la economía podría crecer al 10% anual y que los ajustes sobre sus distritos no volverían a producirse. Así, el peronismo respaldó en bloque y con todas sus facciones los planes de Cavallo. Incluso el sindicalismo más combativo de la CGT ‘rebelde’ conducida por Hugo Moyano dio su apoyo¹⁵. Desde el exterior también se otorgaron respaldos, aún desde Estados Unidos, donde la nueva administración republicana de Bush se estaba mostrando más intransigente hacia el país¹⁶. Fue así como pronto Cavallo recibió atribuciones especiales para gobernar (llamadas “superpoderes”), otorgadas mayoritariamente por el Congreso en el que pudo alinear a casi todo el campo sociopolítico detrás de él, trepó a la cima de todas las encuestas de opinión y fue visto como el salvador de la situación¹⁷. De allí que muchos leyeran en aquella circunstancia que se produciría el fin de la crisis y el principio del crecimiento y la reactivación¹⁸.

Sin embargo, los ambiciosos planes de reactivación de Cavallo quedaron empantanados frente a una situación económica mucho más deteriorada y aguda de lo primeramente pensado. A su vez, como las tasas de interés no bajaron como se estimó, Cavallo llamó a los operadores del sector financiero “miopes” y suspendió las licitaciones del Banco Central. Además, los anuncios sobre crear una “convertibilidad ampliada”, la cual incorporaba al euro como moneda de respaldo junto con el dólar, fue leída como una forma oculta de salir del tipo de cambio fijo¹⁹. De igual modo, en junio, cuando se anunció una devaluación externa del 8% (sólo para operaciones de comercio exterior), dichos temores parecieron confirmarse²⁰. A su vez, las pésimas condiciones en las que se negoció un canje de deuda por parte del gobierno, conocido como Megacanje, fue un signo más en esta dirección (Zícari, 2014a). Todos estos elementos hicieron crecer la desconfianza y el miedo, ante la sensación de que una inminente devaluación se produciría y, por ende, se daría un *default* por parte del gobierno, por lo que los depósitos bancarios y las reservas volvieron a bajar, causando la segunda corrida bancaria y cambiaria del año, aún más severa que la de marzo: los depósitos cayeron nuevamente, subió el riesgo país, las reservas del Banco Central se esfumaron y la fuga de capitales tocó un pico máximo. Ante este panorama desolador los sueños de reactivación pronta que Cavallo había prometido quedaron olvidados, para retornar a toda velocidad a las tesis fiscalistas, con el fin de que el gobierno pudiera demostrar su compromiso con el pago de la deuda. Así, en julio se sancionó la ley de Déficit Cero, bajo la regla fiscal básica sostenida en dos rubros: los “protegidos” y los “no protegidos”. Estos últimos estarían integrados por salarios, jubilaciones y demás gastos del Estado como ayuda social, educación, salud, investigación, ciencia, cultura, bienestar, trabajo y vivienda, que se reducirían de modo

¹⁵ “Cavallo-CGT: se ha formado una pareja” *Clarín* (01/04/2001), “Menem ahora lo elogia a Cavallo” *Clarín* (20/03/2001), “También Duhalde abraza a Cavallo” (*Clarín* 01/04/2001).

¹⁶ “En EE. UU. celebran la incorporación de Cavallo al gobierno” *La Nación* (20/03/2001), “Categórico respaldo de España a Cavallo y al rumbo económico” *La Nación* (27/03/2001).

¹⁷ “Cavallo ya no desea una banca, pero si la presidencia” *La Nación* (23/03/2001), “El superministro dio un salto de 20 puntos en su imagen positiva” *La Nación* (30/03/2001), “Ruckauf y Cavallo lideran dos encuestas” *Clarín* (08/04/2001).

¹⁸ “El 47% cree que ahora habrá reactivación de la economía” *Clarín* (21/03/2001).

¹⁹ “Cavallo: el euro aleja el temor a una devaluación” *Clarín* (12/04/2001).

²⁰ “La convertibilidad con el euro ya está vigente para el comercio exterior” *Clarín* (16/06/2001).

salvaje, supeditados a los fondos disponibles para afrontar los pagos de los rubros “protegidos” (únicamente la deuda estatal). Es decir, como vemos, frente a una situación económica desesperada se buscó tomar un tipo de resolución similar a la asumida por Menem en 1995 durante el tequila, con el fin de mostrar compromiso con el modelo, realizando ajustes extremos y aunque eso fuera a pocos meses de realizarse elecciones.

Ahora bien, con la ley de “Déficit Cero” se detuvo la sangría de depósitos y las corridas bancarias pudieron ser controladas, aunque de modo precario y frágil, y en una situación sumamente agónica. Sin embargo, el precio de salvar el terreno económico fue al alto costo de descuidar el político, ya que se llegó a una situación de quiebre sin vuelta atrás (Pucciarelli, 2014). Por un lado, porque con esa ley el consenso al interior de los proyectos del capital concentrado no pudo mantenerse más en equilibrio, dado que el retorno a las tesis fiscalistas era una bofetada para el Grupo Productivo y a su ambición de que el mercado interno se recomponga. Por lo cual, los empresarios que se llamaban a sí mismos *productivistas* perdieron definitivamente sus esperanzas en el gobierno, apostando por otro tipo de estrategias y alianzas para llevar a cabo sus planes, en especial, a sus vínculos con Eduardo Duhalde de cara a las elecciones de octubre (Zícarí, 2016b); mientras que, por otra parte, los grupos financieros –a pesar de apostar por sostener la ley de Déficit Cero²¹– no creyeron que la tesis fiscalista contara con la suficiente cobertura política para sostenerse. De igual modo, la lucha piquetera recrudeció, puesto que por ese tiempo se realizaron dos Asambleas Piqueteras Nacionales y un plan de lucha con cortes de ruta de manera coordinada por todo el país (Zícarí, 2015a). Es decir, y en relación a este último aspecto, aunque en 1995 y 2001 el índice de desempleo fue prácticamente el mismo, las reacciones fueron diametralmente contrarias: mientras que en 1995 los desocupados no estaban organizados y casi no protestaron, en 2001 no fue así, ya que en este último caso las organizaciones piqueteras llevaron la confrontación social a niveles cada vez más altos, cercando al gobierno para exigirles respuestas frente a su situación, con más de 500 cortes de ruta en todo el país durante las jornadas de agosto, en rechazo contra la ley de Déficit Cero (ver cuadro 2). De manera similar, también debemos decir que la intolerancia social frente a un nuevo ajuste hizo estallar toda oportunidad de mantener el consenso detrás del gobierno, puesto que hubo paros, huelgas y protestas también por parte de los sectores asalariados ocupados que cuadruplicaron sus reclamos con relación a las manifestaciones realizadas en 1995, ya que ahora el poder sindical reaccionó con bastante más rigor que el que tuvo en la crisis previa: los gremios peronistas y aquellos nucleados en la CTA (Central de Trabajadores Argentinos) fueron sumamente activos en 2001 (Piva, 2006; Iñigo Carrera, 2009). Por todo ello, si seguimos el gráfico 17, vemos que entre una y otra crisis al considerar todas las jornadas de protesta realizadas (tanto las protestas de los desocupados como las de los ocupados y demás), las mismas más que se sextuplican, ya que pasan en 1995 de apenas 289 jornadas a 1890 en 2001, indicándonos que la intolerancia social era más que elevada durante este último año y que no podría seguir manteniéndose un modelo de ajuste permanente como el que la Alianza propugnaba defender (recordemos que la Alianza aplicó siete programas de ajuste en sus primeros 19 meses de gobierno).

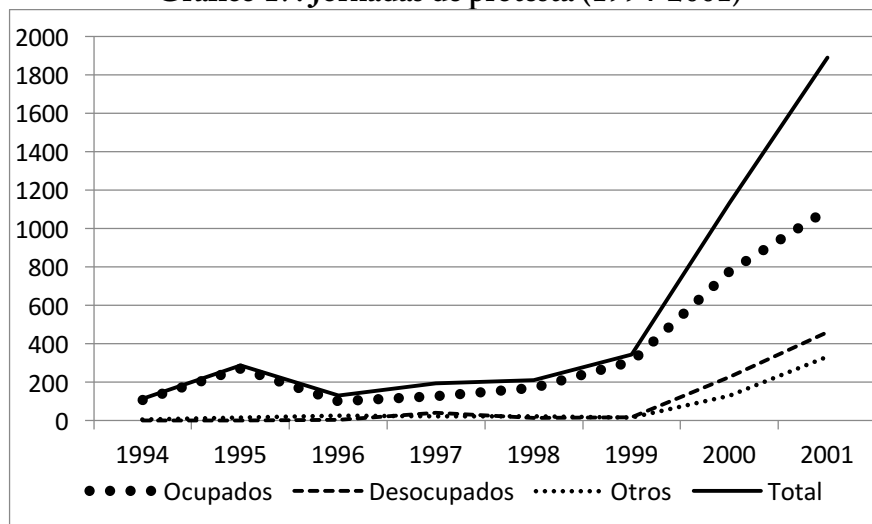
²¹ “Firme apoyo de los banqueros al Gobierno” *Clarín* (05/07/2001).

Cuadro 2: Acciones totales de protesta durante las jornadas piqueteras de agosto (en valores absolutos y en porcentajes). Población, desempleo y pobreza desagregados por provincia

Provincia	Total actos de protesta	Actos de protesta en Porcentaje	Porcentaje de la población del país	Desempleo (nivel provincial)		Pobreza (nivel provincial)	
				may-01	oct-01	may-01	oct-01
Buenos Aires	131	23,91%	38,13%	17,50%	19,80%	32,70%	35,40%
Santa Fe	59	10,77%	8,28%	18,30%	21,55%	43,70%	44,60%
Neuquén	41	7,48%	1,31%	15,20%	16,70%	31,30%	29,90%
Formosa	34	6,20%	1,34%	12,60%	14,50%	59,80%	58,80%
Chaco	32	5,84%	2,71%	13,00%	15,90%	55,10%	58,00%
Entre Ríos	31	5,66%	3,19%	16,30%	18,60%	48,90%	58,25%
Catamarca	30	5,47%	0,92%	22,30%	19,00%	40,10%	36,90%
La Rioja	30	5,47%	0,80%	13,90%	13,80%	40,80%	44,50%
Misiones	28	5,11%	2,66%	4,10%	6,80%	54,70%	53,80%
Tucumán	24	4,38%	3,69%	18,40%	17,90%	45,80%	45,70%
San Juan	21	3,83%	1,71%	14,80%	16,40%	42,40%	45,90%
Córdoba	29	5,29%	8,46%	11,85%	14,00%	34,00%	36,20%
Chubut	15	2,74%	1,14%	14,00%	14,10%	23,50%	24,20%
Salta	11	2,01%	2,98%	17,10%	18,30%	48,30%	52,90%
Santa Cruz	9	1,64%	0,54%	2,10%	2,50%	16,60%	11,60%
Río Negro	8	1,46%	1,52%	-	-	-	-
Mendoza	6	1,09%	4,36%	10,70%	13,50%	36,70%	36,70%
Jujuy	6	1,09%	1,69%	18,60%	19,50%	56,60%	57,30%
Corrientes	3	0,55%	2,57%	16,60%	19,80%	57,80%	58,70%
San Luis	0	0%	1,01%	10,70%	12,20%	40,20%	40,50%
Santiago del Estero	0	0%	2,22%	12,20%	12,30%	49,30%	47,60%
Tierra del Fuego	0	0%	0,28%	10,60%	12,10%	13,00%	15,20%
La Pampa	0	0%	0,83%	13,30%	15,10%	33,00%	33,70%
Total	548	100,00%	92,00%	-	-	-	-

Fuente: Elaboración propia en base datos del Ministerio de Economía de la Nación, Instituto Nacional de Estadística y Censos (Indec). Para los actos de protesta, (Cominiello, 2007: 170).

Gráfico 17: Jornadas de protesta (1994-2001)



Fuente: Iñigo Carrera (2009:183).

Por otra parte, si consideramos la situación institucional y partidaria también aquí encontramos divergencias. Por un lado, porque la relación del gobierno con los gobernadores provinciales de todos los distritos, y más allá del signo partidario que tuvieran, se deterioró sensiblemente gracias al Déficit Cero, tras realizarse otra reducción en sus partidas (Azardum, 2004; Novaro, 2008). A ello debemos sumar que el peronismo no estaba alineado con la Alianza sino más bien era una multipolaridad de facciones que sólo las unía su crítica a las medidas adoptadas. Por lo cual, De la Rúa no podría volver a apelar a la oposición para que lo acompañe institucionalmente y con sus votos legislativos para nuevas medidas hacia el futuro, sino que quedaba en franca minoría. Aunque más allá de todo esto, fue sin dudas al interior de la propia coalición gubernamental (tanto por parte del Frepaso como de la UCR) donde el tándem Cavallo-De la Rúa tuvo más críticas y resistencias, donde, si bien le dieron su apoyo en el Congreso para aprobar este último ajuste, le advirtieron al gobierno que no apoyarían más el camino emprendido, pidiendo más bien por un cambio de rumbo urgente que por continuar con la lógica del ajuste para salvar la convertibilidad, ya que de no cambiar la política el gobierno iría derecho a tener un presidente sin partido (Koessl, 2009; Abelanda, 2015; Zicari, 2016c). Por lo que, como vemos, el arco político, económico, social e institucional continuó fragmentándose hasta arribar a un punto límite. Porque con en ése recorte de julio (la ley de déficit cero), el gobierno, al haber optado por abrazar de forma extrema la perspectiva fiscalista, se generó en el mismo movimiento el rechazo social y político de gran parte de la población y de los grupos que hasta ese momento lo habían apoyado. Es decir, intentar salvar la economía implicó ahora perder totalmente la política, algo inverso a lo ocurrido en 1995.

En efecto, el gobierno de la Alianza estaba conciente de que su apoyo menguaba y que estaba lejos de contar con las fuerzas suficientes para mantenerse y que también se estaban produciendo operaciones por parte de grupos económicos, sindicatos y hombres del peronismo y del radicalismo para salir de la convertibilidad (Zicari, 2016b; 2016c). Fue por

eso que el gobierno alertó durante el mes previo a las elecciones de octubre sobre una “conspiración” en su contra, así como el peligro del default y del final de la convertibilidad si era derrotado en ellas. Por lo que el gobierno pidió abiertamente apoyo político-electoral para evitar el derrumbe del socioeconómico. Horacio Liendo resumió esto de manera clara:

Como lo acaba de decir el Gobierno, hay una suerte de conspiración en marcha, de un grupo de dirigentes que cree que juntando a algunos sectores de la Unión Industrial [Argentina], del sindicalismo o de áreas políticas pueden tomar el poder, dejarlo o sacarlo a De la Rúa y tomar el poder, que es lo que denunció [el vocero presidencial] (Juan Pablo) Baylac [...] [Tienen un plan que] incluye la salida de la convertibilidad y la reestructuración de la deuda, es decir, el default [...] Por eso acá no es un tema menor lo que va a ocurrir de aquí a tres meses [...] Por eso no es tan menor lo que se juega el 14 de octubre [en las elecciones] [...] Advierto que el 14 de octubre nos estamos jugando mucho más de lo que creemos, por eso hay que llamar la atención a la gente²²”.

Sin embargo, a pesar de las denuncias públicas y del peligro que implicaría para la continuidad del modelo económico vigente, el gobierno fue duramente derrotado en las elecciones del 14 de octubre, sobre todo por la fuerza de lo que se conoció como “voto bronca” (la suma de los votos impugnados y en blanco), lo que confirmó de manera palpable la ruptura de todo consenso político detrás del modelo neoliberal tal cual funcionaba. Así, la Alianza perdió entre 1999 (el año en el que llegó a la presidencia) y 2001 seis millones de votos, lo que hizo cristalizar el estado de abandono en el que estaba, mientras que el denominado “voto bronca” se multiplicó casi por cinco²³. Con lo que, el ajuste de julio –que se justificó como la única forma de salvar la convertibilidad de forma similar al aplicado durante el Tequila- no sirvió esta vez para ganar voluntades como había sido en 1995, sino para perderlas y diluir todo consenso posible, empujando al gobierno hacia el abismo. Es decir, el grueso de la población y los diversos actores sociopolíticos frente al dilema de apoyar al gobierno para sostener el *status quo* o bien abandonarlo para expresar su descontento contra él, optaron indudablemente por lo segundo. Por su parte, la fragmentación política de 2001 siguió su curso y le dio apoyo político tanto a Duhalde (promotor de acabar con el modelo y de

²² “Hay dirigentes que quieren tomar el poder, dijo Liendo” *La Prensa* (07/09/2001). Ver también: “Jesús Rodríguez negó una conspiración contra el Gobierno” *La Nación* (05/09/2001), “Confirman la denuncia de De la Rúa”, *La Prensa* (08/09/2001), “Duras réplicas por las denuncias de una supuesta conspiración” *La Nación* (08/09/2001), “Duhalde: sería una ingenuidad total un complot contra De la Rúa” *La Nación* (09/09/2001). La ministra de Trabajo, Patricia Bullrich, por su parte, reforzó lo mismo: “Quieren mover el poder hacia un eje radical-peronista, en contra de la nueva alianza del Gobierno. De golpe nos encontramos que se quería poner el 14 de octubre como el “Día D” y esto planteaba un intento no de ayudar al Presidente, (sino) de querer desplazar el poder [...] ayer, el Presidente lo destacó muy bien [...] Cuando estamos discutiendo estos problemas, no son cosas que luego no repercuten en la gente; cuando decimos déficit cero, sabemos que es duro, pero la devaluación es terrible. [Hugo Moyano no puede] hablar abiertamente [sobre esa posibilidad] No saben lo que significa en la realidad de cada uno de los argentinos [esa medida] [...] [De la manera en que hablan] suena como un camino para elegir la propuesta” (*La Prensa* 08/09/2001).

²³ Un detalle exhaustivo sobre las elecciones de 2001, el “voto bronca” y los nefastos resultados que implicaron para la Alianza y su caída puede encontrar en (Zicari, 2014b)

devaluar), como a Menem (a favor de dolarizar) y a los gobernadores peronistas del Frente Federal.

Así, el peronismo, a través de sus diversas vertientes, se convirtió en el partido más votado del país, se adueñó de esas elecciones y contó ahora con los recursos institucionales para imponer a los presidentes de la Cámara de Senadores y de Diputados en el Congreso, quienes debían asumir en caso de que De la Rúa interrumpiera su mandato. Vemos en el cuadro 3 entonces que el gobierno no aumentó su caudal electoral como hizo Menem en 1995 frente a una situación de crisis, sino que ahora lo redujo significativamente: la estrategia de realizar un ajuste como forma de mostrar compromiso con la paridad fija esta vez no resultó.

Cuadro 3: Resultados de las elecciones de 1999 y 2001 a nivel nacional (total)

	1999	2001
Alianza	9.167.404	3.205.701
“Voto bronca” (suma de los votos en blanco y nulos)	895.531	4.380.593

Fuente: Elaboración propia en base datos Ministerio del Interior.

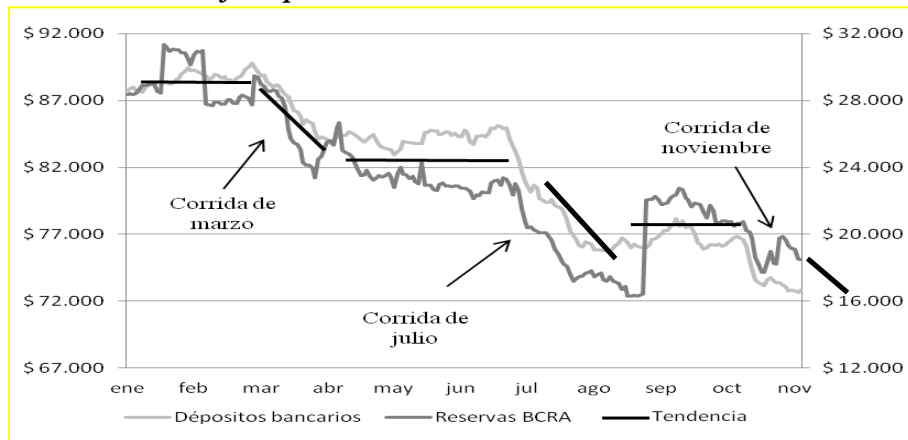
En forma paralela a la derrota electoral de octubre, el gobierno intentó realizar un nuevo “canje voluntario de deuda”, similar al Megacanje que se realizó meses atrás. Este nuevo canje para llevarse a cabo implicaba contar no sólo con el apoyo de los bancos y que estos lo aceptaran para que funcione, sino también que estos redujeran las tasas de sus bonos, lo cual derivaba en muchos casos en asumir pérdidas, por lo que los llevó a pujar contra el gobierno y a salir a la batalla para que no tuvieran que ser ellos quienes pagaran ahora parte de los costos de la crisis. El gobierno se enfrentó entonces en noviembre con los bancos, acusando el Secretario general de la presidencial, Nicolás Gallo, de “golpismo económico a los mercados” (*La Nación* 06/11/2001) por las maniobras de oposición y enfrentamiento que estaban asumiendo muchos actores de la city y algunos inversores²⁴. Es decir, se dio de nuevo una situación diametralmente distinta a lo sucedido durante el Tequila en 1995, cuando bancos y grupos económicos locales se unieron y dieron importantes aportes monetarios para salvaguardar la convertibilidad, cuando ahora sólo encontró negativas y conflictos.

Fue así que se terminó por construir un cóctel político-económico explosivo y letal: la derrota electoral de octubre confirmó los pronósticos de la pérdida de apoyo al gobierno, la cual implicaba que la política del Déficit Cero no se podría mantener; por su parte, el gobierno dependía del sector financiero, pero era sobre el cual quería hacer recaer las pérdidas bursátiles que necesitaba para seguir con vida y realizar un canje de deuda que impidiera el *default*, pero a su vez, todos los indicadores económicos señalaban que sin fuerza o consenso político suficiente el *default* sería inevitable. De esta forma, una tercera corrida cambiaria y bancaria se puso en marcha en noviembre, inmediatamente después de las elecciones de octubre

²⁴ Para un análisis de la “reestructuración voluntaria de deuda” intentada en noviembre de 2001 y la actitud altamente desestabilizadora asumida por los bancos contra ella y contra el gobierno, ver (Zicari, 2014a).

(gráfico 18), mientras que –un mes después– el FMI suspendió los desembolsos previstos por el Blindaje de noviembre de 2000, ya que el gobierno había incumplido lo acordado entonces.

Grafico 18: Tres corridas bancarias en 2001: reservas internacionales -eje derecho-y depósitos bancarios -eje izquierdo- (ambos en millones) (Ene 2001 - Nov 2001)



Fuente: elaboración propia en base datos BCRA.

El resultado de estas acciones derivó al comenzar diciembre en una intervención al sistema bancario que bloqueó el retiro de los depósitos bancarios conocida como “corralito”. De allí, frente al hartazgo político y el ahogo económico, se produjeron los alzamientos populares y saqueos que derribaron al gobierno de la Alianza (Zicari, 2012b). Finalmente, con el control del Congreso y de la línea sucesoria, fue al interior del peronismo a donde se trasladó el conflicto político por imponer un nuevo orden social que sucediera a la convertibilidad y a la hegemonía neoliberal que moría con ella (Zicari 2012a). De allí que fueran las alianzas previas con diversos sectores de poder (sindicatos, grupos económicos, la Iglesia, medios de comunicación, etc.) y la fragmentación peronista las que explican que hayan existido cinco presidentes en apenas dos semanas. Aunque, una vez que la coalición encabezada por Duhalde lograra asegurar su acceso al poder, sería desde allí que surgiría un nuevo ciclo político y económico (Wainer, 2013; Zicari, 2016b; Zicari, 2016f).

CONCLUSIÓN. LA DIFERENCIA DEL CAMPO SOCIOPOLÍTICO DURANTE AMBAS CRISIS: UNIDAD VERSUS FRAGMENTACIÓN

“La Alianza tuvo la misión de dar la última batalla de la Argentina menemista y, naturalmente, suicidarse en la empresa.”

Tulio Halperín Donghi

A lo largo de este trabajo hemos intentado conjugar, en forma paralela, lo ocurrido tanto en el terreno económico como en el político durante los años que rigió la convertibilidad en la Argentina, preguntándonos por qué las dos crisis sufridas por el tipo de cambio fijo tuvieron

resoluciones tan disimiles. El análisis de lo que sucedió en el plano simplemente económico señala resultados contradictorios: por un lado, porque si bien la situación económica fue más sólida en algunos aspectos en 1995 (situación fiscal, nivel de endeudamiento, contexto externo), por otro, durante 2001 hubieron poderosos atenuantes que podrían haber compensado esos problemas. Por ejemplo, durante este último año no hubo ningún shock externo similar a lo ocurrido con el caso de México (la crisis turca influyó apenas levemente), a su vez los primeros seis meses de la crisis 2001 fueron mucho menos violentos que los de 1995 (tanto en pérdida de depósitos como de reservas), mientras que –por último– el FMI hizo desembolsos extraordinarios por más de diez mil millones de dólares en 2001 (lo que cubría grandemente las obligaciones de ése año), multiplicando por cinco lo aportado en 1995 (aportes de 2.317 mil dólares en 1995 versus más de 10.000 mil millones en 2001) (cuadro 4).

Cuadro 4: Desembolsos, pagos y saldos netos del FMI con Argentina (1990-2001) (en millones de dólares)

Año	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001
Desembolsos del FMI	458	418	804	1.586	893	2.317	788	433	0	0	2.064	10.619
Pagos al FMI	731	1.035	877	378	423	475	426	469	682	827	1.453	1631
Desembolsos netos	-273	-617	-73	1.208	470	1.842	362	-36	-682	-827	611	8.988

Fuente: Brenta (2008:505).

Por su parte, como dijimos recién, una de las diferencias más importantes entre la crisis de 1995 y la de 2001 es que la primera tuvo un disparador directo mientras que la segunda no. Así, en 1995 las corridas bancarias, la caída de las reservas y la suba de las tasas de interés fueron explicadas por la mayoría de los analistas en función de la crisis mexicana. Sin embargo, para el caso de 2001 no tenemos nada de eso. No hubo un shock externo especialmente perturbador ni tampoco un cambio abrupto del desempeño macroeconómico que se venía registrando desde la recesión de 1998. En este sentido, los fundamentos económicos no difieren en 2001 de los registrados un año antes. Todavía más, no parece haber una explicación lo suficientemente sólida en términos meramente económicos que justifique, por sí misma, la velocidad que adquirió la crisis en 2001 y mucho menos su resolución final, en la cual colapsó un gobierno de manera traumática. De igual modo, todo esto vuelve a sorprender si se considera que la persona responsable de actuar en el terreno económico fue la misma en ambas crisis, Domingo Cavallo. Por lo cual, frente a estas complejidades, tratemos de repasar los puntos que diferencian la crisis 2001 y su resolución

con respecto a la 1995. Porque, como vemos, los elementos económicos no parecen ser suficientes por sí mismos para explicarlo²⁵.

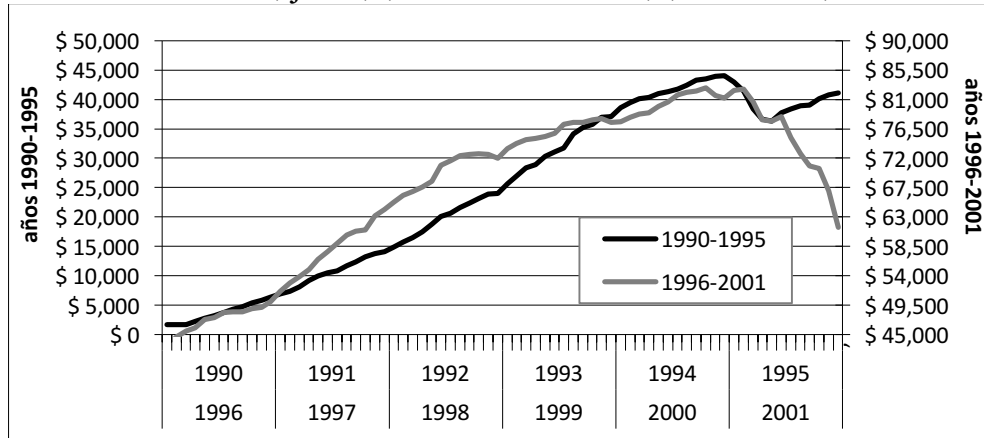
En este sentido, hemos intentado sostener que, si se pone el acento en la dinámica histórica y sociopolítica de uno y otro caso, podremos entender cómo y por qué las consecuencias fueron tan contrapuestas. En términos generales, podemos decir que las crisis suelen ser identificadas como procesos en los que las perspectivas hacia el futuro se fragmentan, lo que impide que un horizonte temporal se proyecte de manera consolidada y sin que pueda generarse certidumbre hacia adelante. Este elemento es clave para entender lo ocurrido en 1995. Allí todavía estaban frescos los recuerdos de lo peor del pasado hiperinflacionario y las pesadillas que suscitó. Es por esto que, frente al dilema que se planteó al comenzar la crisis del Tequila, entre mantener el *status quo* que tan bien había funcionado hasta entonces, amenes algunos problemas, o arriesgarse a salir de él priorizando los reclamos, la mayoría de la población entendió que era preferible sostenerlo antes que retornar a situaciones previas de caos, conflictos e inestabilidad. Esta idea fue perfectamente explotada por Menem durante su campaña por la re-elección presidencial, presentando la opción entre su figura o la vuelta al desorden. Por lo que, en aquél contexto, el grueso de los actores sociopolíticos se decidió por respaldar el orden neoliberal y la convertibilidad, los cuales fueron ratificados de manera pronta en coincidencia con las elecciones. En contraposición a todo esto, la crisis de 2001 fue un terreno de creciente fragmentación y disputa entre actores y grupos sociales. Allí, según pudimos señalar, ya habían operado diversos elementos que transformaron el panorama económico y político con respecto a 1995: el desempleo y la dinámica de la situación social estaban llegando a niveles críticos, el contexto externo era sumamente adverso, el peso argentino se hallaba fuertemente apreciado dada la fortaleza del dólar, mientras que el lugar de la deuda sobre las finanzas estatales había crecido mucho, reconfigurando las relaciones de poder entre los sectores económicos. De esta manera, la Alianza, al comenzar a gobernar, se diluyó rápidamente como coalición sin dar respuesta alguna al frente económico, ni tampoco a satisfacer las demandas de los diversos actores sociopolíticos, los cuales tendieron a ganar activismo, todos disconformes con un gobierno y orden social que estaban lejos de dar soluciones a sus problemas. Lo que generó claras divergencias con respecto al Tequila entre los distintos grupos sociales. Por ejemplo, los *sectores altos* de la elite del capital dejaron de estar unificados como en 1995 (ahora estaban divididos entre dolarizadores y devaluadores); los *sectores bajos y desocupados* –a pesar que el que índice de desempleo fue el mismo en ambas crisis- estaban ya organizados y cada vez más intolerantes frente a la falta de respuestas por parte del gobierno, amén que el sindicalismo peronista fue un duro y activo opositor esta vez, con lo que la protesta social fue creciente; mientras que los *sectores medios* fueron ganando protagonismo durante todo el 2001 y 2002 (Adamosky, 2012). Por su parte, la coalición gubernamental Alianza tampoco estuvo unificada detrás del presidente De la Rúa durante la crisis como sí ocurrió con Menem en 1995, sino que esta vez tanto el Frepaso como la UCR fueron contrarios a las medidas tomadas por De la Rúa, reclamando cambios, los cuales –al

²⁵ Un debate con respecto a las visiones económicas que buscaron explicar las diferencias entre las crisis de 1995 y 2001, en (Zicari, 2014b). Para un mirada más amplia con respecto a los diversos esquemas analíticos e interpretativos sobre el 2001 argentino, ver (Zicari, 2016c)

no llevarse a cabo- hicieron que ambos partidos dejaran aislado al gobierno y en suma debilidad política; mientras que, por último, el principal partido opositor –el PJ- estuvo fragmentado y con el grueso de sus grupos también enfrentados al gobierno. En consecuencia, cuando se decidió aplicar la ley de Déficit Cero en julio de 2001, la cual fue presentada como “última alternativa” para salvar la convertibilidad, los diferentes grupos sociales y políticos estuvieron lejos de apoyarla y tolerar con ello un nuevo ajuste más: esta ley era lo opuesto a una respuesta frente al drama del desempleo, la reducción de los salarios, la reactivación del mercado interno, la falta de competitividad externa o –si quiera- una garantía lo suficientemente solida para evitar el default. Por lo que, ante una situación como la de 1995 que comenzaba a convalidar los presagios de colapso y de que la convertibilidad no pudiera ser sostenida, los diversos actores sociopolíticos encontraron incentivos para intervenir más intensamente en el campo político, pero ya no como había sido en 1995 para dejar atrás sus diferencias en pos de defender el modelo neoliberal, sino –al contrario- para empujar la situación, tanto en términos políticos como económicos, hacia la alternativa que más se aproximara a sus intereses. Por lo cual, sin un frente político unificado y con indicadores económicos cada vez más precarios –que debilitaban el *status quo*- el nerviosismo y la incertidumbre terminaron por adueñarse de la situación. Es decir, frente al mismo dilema que se planteó en 1995 entre apoyar al gobierno para respaldar al orden social y el de restarle manifiestamente sustento para enfatizar la disconformidad, el grueso de la población y de los actores sociopolíticos optaron en 2001 por agudizar los reclamos y la disconformidad, sin unificarse para salvar al régimen social que anteriormente habían defendido. Todos los actores sociopolíticos actuaron de manera diferente ahora en relación a 1995: sindicatos, grupos económicos de elite, coalición gobernante, inversores, desocupados, gobernadores provinciales y finalmente el grueso de la población a través de las elecciones. Así, en 2001 se configuró un círculo vicioso que se retroalimentó: las incertidumbres económicas se conjugaron con los dilemas políticos, ambos en crecimiento, lo que construyó paso a paso una situación de fragilidad sobre la cual ya no fue posible volver atrás.

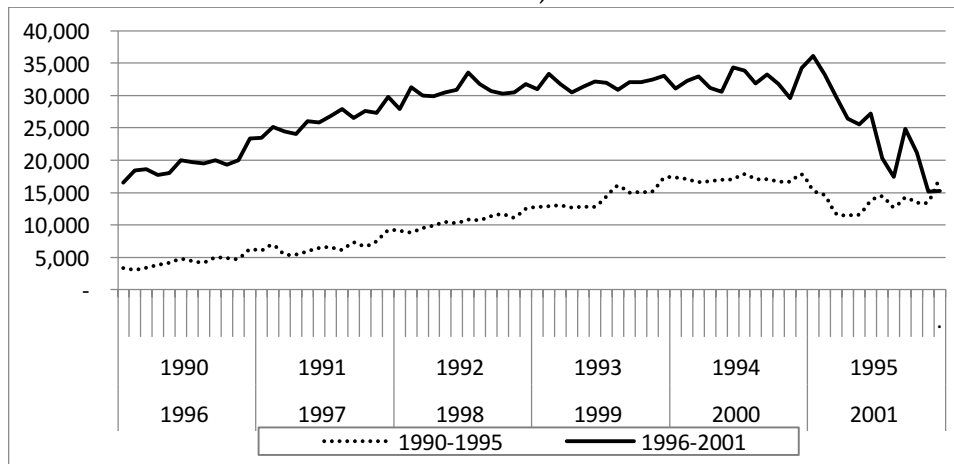
Comparemos gráficamente lo ocurrido en ambas crisis a partir de las dos variables que les dieron las resoluciones finales a dichas crisis: la evolución los depósitos bancarios y de las reservas del banco central. Puesto que haber sostenido tanto la convertibilidad en 1995 como que haya ocurrido su finalización en 2001 dependió finalmente de lo sucedido con dichas variables.

Gráfico 19: Total de depósitos bancarios mensuales durante la crisis Tequila (eje izq.) y el 2001 (eje der) (ene 1990 – dic 2001) (en millones)



Fuente: Elaboración propia en base datos BCRA.

Gráfico 20: Reservas mensuales de dólares del Banco Central (ene 1990 – dic 2001) (en millones)



Fuente: Elaboración propia en base datos BCRA.

En el gráfico 19 podemos observar que en las dos crisis, luego de largos periodos de ascenso de los depósitos bancarios, estos se desmoronaron al comenzar tanto 1995 como 2001. Lo que es curioso, igualmente, es que durante el tequila los depósitos totales (en pesos y dólares) de las cajas de ahorro, plazos fijos y cuentas corrientes (M3) se ubicaron en torno a los 44 mil millones al inicio de la crisis (diciembre de 1994) y tocaron 36.300 mil millones seis meses después, en lo peor de ella, con una caída de 7.700 mil millones que representó el 17,5 % entre ambos puntos. Sin embargo, al comenzar el año 2001 esos valores eran 82.300 y 77.700 mil millones respectivamente, lo que implicaba una caída de apenas 4.600 mil millones y que era el 5,5% del sistema. Por lo cual, el descenso durante el primer semestre de ambas crisis fue mucho más pronunciado en 1995 que en 2001 (más del triple en términos relativos), además de mostrar este último año niveles mucho más sólidos en los depósitos, los cuales se hallaban en valores prácticamente del doble. Sin embargo, los retiros bancarios terminaron

por ser mucho más severos durante el segundo semestre del 2001, sufriendo –tal como vimos– tres corridas bancarias ese año (marzo, julio y noviembre), mientras que durante el Tequila sólo ocurrió una. Así, en una mirada comparada notamos que en el mes mayo de ambos años se tocó un piso y una leve recuperación durante el mes siguiente. Pero la diferencia estribó en que en julio de 1995 los depósitos continuaron la recuperación, ascendiendo a partir de allí, mientras que en julio de 2001 no ocurre ello sino todo lo contrario: se sucede la segunda corrida bancaria que empujara a la sanción de la ley de Déficit Cero. Esta última ley sabemos las consecuencias que terminó por generar: la pérdida total del consenso en el gobierno y la derrota electoral (en octubre), lo cual tuvo un efecto casi mecánico como consecuencia: se produjo la tercera corrida bancaria del año (la de noviembre), luego el corralito y de allí la rebelión popular que puso fin a la Alianza (en diciembre). Con respecto a las reservas del Banco Central ocurrió algo similar. En ambas crisis durante el primer tramo del año las reservas se desmoronaron a mucha velocidad. Para el caso del Tequila, las reservas se ubicaron en diciembre de 1994 en torno a los 18 mil millones de dólares, para estar las mismas, seis meses después, en su punto más bajo, en 11.500 millones. Es decir, sufrieron una caída del 34,7% en un semestre. Durante la siguiente crisis, las reservas estaban por encima de los 36 mil millones de dólares al comenzar el 2001 y perdieron, en igual plazo, casi 8.900 millones, que representaban el 24,6% del total inicial. En ambos casos, al mes siguiente a ese “piso” se produce una recuperación de las reservas, pero, al igual que antes, también aquí ocurre una fuerte divergencia: durante el año 1995 las reservas continuaron su marcha de recuperación mientras que en 2001 volverán a caer estrepitosamente. Entonces, la incógnita clave parece ser explicar por qué si el primer semestre de 2001 pareció mostrar una solides mayor, por lo menos en las variables analizadas, los resultados fueron de tanto contraste. Así, según lo que hemos planteado, ahora la respuesta parece ser clara: mientras en 1995 la recuperación de la situación se debió a la ratificación electoral que sufrió Menem (donde la política terminó por blindar a la economía) y en la que se confirmó el consenso sociopolítico, para el caso de 2001 tenemos el panorama opuesto: el nuevo ajuste que representó la ley de Déficit Cero –que intentó defender la economía– terminó por hacer estallar el consenso político y demostrar la inviabilidad sociopolítica en la cual había caído el modelo: la política neoliberal de aplicar ajustes, despidos y privatizaciones ya no contaba con la misma fuerza y adeptos que antes. Puesto que, más que generar una ratificación electoral y un blindaje político para el gobierno como en 1995, se obtuvo el “voto bronca” y el rechazo de las urnas, amén que ya el gobierno no tenía apoyos en los cuales sostenerse. Como vimos, ni los grupos económicos, su partido, sindicatos, desocupados, gobernadores ni inversores estuvieron dispuestos ahora a ratificar la política gubernamental. La articulación sociopolítica, los intereses y alianzas definitivamente habían mutado y ya no expresaban un consenso político, sino una conflictividad social altísima. Por lo que, el ciclo de valorización de la convertibilidad y las pautas que permitieran su reproducción se habían agotado, pero no necesariamente por problemas meramente económicos sino por la inviabilidad de conseguir los actores y el consenso para mantenerlo. Es decir, frente a circunstancias similares, en uno y otro caso los actores sociopolíticos dieron respuestas dispares, señalándonos que no siempre es fácil caer en determinismos económicos para explicar las situaciones de crisis. Sino que es necesario volver a recurrir al campo sociohistórico como su clave explicativa, camino que en este trabajo hemos intentado recorrer.

BIBLIOGRAFÍA

- Abelenda, Beatríz (2015). “La coalición de la Alianza en Argentina (1999-2001): un caso entre bloques”. *Perfiles Latinoamericanos*, n° 45, pp. 31-58.
- Adamosky, Ezequiel (2012). “Esperando otro 17 de Octubre: la identidad de clase media y la experiencia de la crisis de 2001 en Argentina”. *Sociohistórica* N° 29.
- Althusser, Louis (1976). *Posiciones*. ENM, Madrid.
- Arisó, Guillermo y Jacobo, Gabriel (2002). *El Golpe SA. La guerra de intereses que estalló en 2001*. Buenos Aires: Norma Editorial.
- Aspiazu, Daniel y Schorr, Martín (2002). “Privatizaciones argentinas. Reconfiguración de la estructura de precios y de rentabilidades relativas en detrimento de la competitividad y la distribución del ingreso” en Aspiazu, Daniel (comp.) *Privatizaciones y poder económico*. Universidad Nacional de Quilmes, Bs. As.
- Arzadun, Daniel (2004). *El peronismo: un reino sin monarca. Análisis del comportamiento político desde el triunfo de la Alianza hasta la asunción presidencial de Néstor Kirchner*. Buenos Aires: Ensayo Agebe.
- Beltrán, Gastón (2011). “Las paradojas de la acción empresaria. Las asociaciones del empresariado argentino y la persistencia de las reformas estructurales” en Pucciarelli, Alfredo (Coord.) *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Siglo XXI: Buenos Aires.
- Brenta, Noemí (2008). *Argentina atrapada. Historia de las relaciones con el FMI: 1956-2006*. Buenos Aires, Ediciones Cooperativas.
- Brenta, Noemí (2004). “Las propuestas de dolarización en América Latina: rol del FMI, EE.UU. y los think tanks en los años '90”. *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, Nro. 27.
- Bonnet, Alberto (2008). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, (1989-2001)*. Prometeo Libros.
- Castellani, Ana y Schorr, Martín (2004). “Argentina: convertibilidad, crisis de acumulación y disputas en el interior del bloque de poder económico”. *Cuadernos del Cendes*, año 21, N° 57.
- Castellani, A. y Szkolnik, M. (2011). “‘Devaluacionistas’ y ‘dolarizadores’. La construcción social de las alternativas propuestas por los sectores dominantes ante la crisis de la convertibilidad. Argentina 1999-2001”. *Documentos de Investigación Social*, N° 18.
- Cherny, Nicolás (2009). *¿Por qué cambia la política económica? El gobierno del cambio de política cambiaria en Argentina (1995-2003)*. Tesis doctoral, FLACSO: Buenos Aires.
- Cominiello, S. (2007) “Tres semanas de corte que iniciaron el Argentinazo. El Plan de lucha de la 1° Asamblea Nacional Piquetera (julio-agosto de 2001)”. *Anuario CEICS*.

- Kan, Julián (2009). "Vuelta previa al 2001. La devaluación del real de 1999 y algunas implicancias en la economía argentina" en Bonnet, Alberto y Piva, Adrián (Comp.) *Argentina en pedazos. Luchas sociales y conflictos interburgueses en la crisis de la convertibilidad*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Koessler, Manfredo (2009). "Apogeo y derrumbe del FrePaSo. Algunas consideraciones". *Revista del CESLA*, n° 12, pp. 99-116.
- Gaggero, Alejandro y Alejandro Wainer (2004). "Crisis de la convertibilidad: el rol de la UIA y su estrategia para el (tipo de) cambio". *Realidad Económica* 204: 14-41.
- Gaggero, Alejandro (2012). "La retirada de los grupos económicos argentinos durante la crisis y salida del régimen de convertibilidad". *Desarrollo Económico*, N° 206.
- Gerchunoff, Pablo y Torre, Juan (1996). "La política de liberalización económica en la administración de Menem". *Desarrollo Económico*, No. 143, pp. 733-768.
- Gervasoni, Carlos (1998). "El impacto de las reformas económicas en la coalición electoral justicialista (1989-1995)". *Boletín de la SAAP*. Otoño 1998. Año 4, Número 6.
- Gervasoni, Carlos (2003). "¿Son las crisis políticas causa de las crisis financieras? Evidencias del gobierno de la Alianza (1999-2001)". *PostData* N° 9.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2009). "Indicadores para la periodización (momentos de ascenso y descenso) en la laucha de la clase obrera: la huelga general". *PIMSA*, N° 72.
- Levitsky, Steven (2003). *La transformación del justicialismo. Del partido radical al partido clientelista, 1983-1999*. Siglo XXI: Buenos Aires.
- Murillo, María (2005). *Sindicalismo, coaliciones partidarias y reformas de mercado en América Latina*. Siglo XXI: Buenos Aires.
- Musacchio, Andrés (2009). "Oscilaciones cíclicas de la economía argentina en las últimas dos décadas". *Problemas del Desarrollo*, N° 159.
- Mustapic, A. M. (2002). "Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático" en Cavarozzi, M y Abal Medina, J. (Eds.) *El asedio a la política: los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Homo Sapiens: Rosario.
- Novaro, Marcos (2002). "La Alianza, de la gloria del llano a la debacle del gobierno" en Ib., (Comp.) *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*. Editorial Norma, Buenos Aires.
- Novaro, Marcos (2008). "Partidos y democracia en Argentina: el peronismo como factor de estabilidad y de inestabilidad". Mimeo.
- Novaro, Marcos (2009). *Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación (1983-2001)*. Editorial Paidós, Bs. As.
- Piva, Adrián (2006). "El desacople entre los ciclos del conflicto obrero y la acción de las cúpulas sindicales en Argentina (1989-2001)". *Estudios del Trabajo*, N° 31, pp. 23-52.

- Pucciarelli, Alfredo (2014). "Crisis sobre crisis: la Ley de Déficit Cero. Golpe de mercado, retorno a la ultraortodoxia, crisis política y comienzo de la resistencia popular" en Pucciarelli, Alfredo (Coord.) *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Siglo Veintiuno, Bs. As.
- Raus, Diego (2014). El Partido Justicialista en el gobierno de la Alianza. En Pucciarelli, Alfredo (Coord.) *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2da edición.
- Wainer, Andrés (2013). "Cambios en el bloque en el poder a partir del abandono de la convertibilidad" en Grigera, Juan (Comp.) *Argentina después de la convertibilidad*. Imago Mundi: Buenos Aires.
- Zicari, Julián (2012a). "Gobernar con una sonrisa. La semana de Adolfo Rodríguez Saá como Presidente de la nación". Revista *Realidad Económica*, N° 272, 16 de noviembre al 31 de diciembre de 2012, pp. 9-31.
- Zicari, Julián (2012b). "Diciembre de 2001 en la Argentina. Movilización, saqueos y protesta popular". III Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos, Universidad Nacional de Cuyo – Mendoza.
- Zicari, Julián (2013a). "La conformación histórica de los grupos piqueteros en la década previa al 2001. Un recorrido por sus diversas etapas". V Jornadas de Historia, Memoria y Comunicación, Universidad de Quilmes, mayo.
- Zicari, Julián (2013b). "Poder y discurso. El giro neoliberal y los cambios sociopolíticos durante el primer gobierno de Menem (1989-1995)". Revista *Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales*, N° 8.
- Zicari, Julián (2014a). "El réquiem del uno a uno. Tres corridas bancarias y la instauración del corralito en el final de la convertibilidad". Revista *Realidad Económica* N° 281.
- Zicari, Julián (2014b). "Las elecciones legislativas del 2001. Entre el 'voto bronca' y el final del gobierno de la Alianza". *Anuario de Historia* (UNR), N° 26.
- Zicari, Julián (2014c). "Ajuste estatal sin equilibrio político. La gestión de López Murphy como ministro de economía de la Alianza en marzo de 2001" en *Revista Colección* N° 25.
- Zicari, Julián (2014d). "Matrioskas económicas. La convertibilidad argentina, sus ciclos y crisis. Dinámica interna, sistema bancario, déficit fiscal y endeudamiento". *Ensayos de Economía*, Universidad Nacional de Colombia, N° 45.
- Zicari, Julián (2015). "De la cooperación al enfrentamiento. Los quiebres en el movimiento piquetero argentino a partir de las asambleas nacionales del año 2001". *Navegamérica. Revista de la Asociación Española de Americanistas*. N° 14.
- Zicari, Julián (2016a). "Miradas sobre el vendaval. Una revisión crítica de las explicaciones económicas y sociopolíticas de la crisis argentina de 2001". (en prensa).

Zicari, Julián (2016b). “De la derrota a la presidencia. La trayectoria política de Eduardo Duhalde entre 1999 y 2001”. (en prensa).

Zicari, Julián (2016c). “Hasta que la crisis nos separe. Alfonsín, De la Rúa y la estructura de la UCR durante la crisis de 2001”. (en prensa).

Zicari, Julián (2016d). “El nacimiento del uno a uno. Menem, Cavallo y el contexto de surgimiento del régimen de convertibilidad en la Argentina” en Novaro, Marcos (Dir.) *Decisiones cruciales en la historia política argentina reciente*. (en prensa).

Zicari, Julián (2016e). “Estrategias individuales, consecuencias colectivas. La renuncia de Chacho Álvarez al vicepresidencia del país”. (en prensa).

Zicari, Julián (2016f). “Del colapso de la convertibilidad a las bases económicas de la recuperación. La economía política de la presidencia de Duhalde (2002-2003)” en Pucciarelli, Alfredo (Coor.) *Los años kirchneristas*. Siglo Veintiuno, Bs. As. (en prensa).